

Patrocinan/Babesleak:



III concurso literario de relatos recuperados de la tradición oral

Ahozko Tradiziotik Berreskuratutako Kontakizunen III. Lehiaketa Literariorako



Calle Príncipe, 5 - planta 1ª, Dpto. 101
Tel.: 94 415 51 14 - 48001 BILBAO

© Los autores
© De esta edición: Hartuemanak/ Elea Editorial
Calle Príncipe, 5 - planta 1ª, Dpto. 101
48001 BILBAO - Tel.: 94 415 51 14
E-mail: hartuemanak@euskalnet.net

Primera edición: Diciembre 2007

Diseño y maquetación: A. J. Oviedo

Impresión: Gestingraf

Depósito Legal: BI- -07

Ninguna parte de esta publicación, incluyendo el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna manera ni por ningún medio, tanto si es eléctrico como químico, mecánico, óptico, de grabación o bien fotocopia, sin la previa autorización de la editorial.

PRÓLOGO / HITZAURREA

Un año más nos complace abrir este libro con unas líneas sobre el interés que despierta para el Área de Cultura del Ayuntamiento de Bilbao un proyecto como el organizado por la Asociación HARTU-EMANAK.

Con la tercera edición de este concurso de relatos para la recuperación de la tradición oral se demuestra el esfuerzo de aquellos que a diario buscan el diálogo como la única solución de avanzar en nuestra sociedad. El proyecto integrador de HARTU-EMANAK permite tender un puente entre los más mayores, depositarios tradicionales de nuestra sabiduría, y esos jóvenes que se abren al mundo con la certeza de que el conocimiento está en ellos. Se ha ido olvidando que la comunicación es la base de las relaciones y que es necesario volver a recuperarla para estrechar los lazos entre las diferentes generaciones.

No se trata de un concurso de relatos al uso, sino que con él buscamos la implicación de las personas mayores, el contacto con sus familiares más jóvenes, pero sobre todo la difusión de aspectos que sin su recuerdo irían quedando olvidados. Surgen así historias

HARTU-EMANAK Elkarteak antolatutako proiektua Bilboko Udaleko Kultura eta Hezkuntza Sailarentzat interesgarria dela adieraziz hasi nahi dut.

Kontakizunen lehiaketaren III. edizioa dugu aurtengoa eta ahozko tradizioari eustea du helburu. Bide batez, gizartean aurrera egiteko irtenbide bakarra elkarrizketa dela uste dutenen ahalegina azpimarratu nahi nuke.

HARTU-EMANAK Elkartearen asmoa pertsona nagusien eta gazteen arteko zubia izatea da, pertsona nagusien jakituria belaunaldi berriei transmititzea. Ahaztuz joan gara komunikazioa dela harremanen oinarria eta izan, ezinbestekoa da belaunaldien arteko harremanak estutzeko.

Ez da ipuinen lehiaketa ohikoa, pertsona nagusien inplikazioa eskatzen delako, euren oroitzapenak familiako gazteenei kontatzea —horrelakoak gogoratu ezean, arian-arian ahaztuz egingo lirateke—. Adibide batzuk jarzearren, folklorea, atzendentako bizipenak, umetan bizi izandako istorioak eta ohiturak ekarri ditugu.

Epaimahaiaren erabakiaren ostean, kontakizun hunkigarriak direla ahaztu

extraídas del folclore, testimonios de vivencias apagadas por el olvido, historias y tradiciones que significaron el alimento de muchas infancias.

Tras el fallo del jurado hay cuestiones que podemos destacar, además del importante grado de emotividad de la mayoría de los escritos. Las migraciones aparecen como un elemento integrador de la mayoría de los relatos, quizás porque nuestra sociedad ha estado siempre ligada a ellas. Un aspecto que hoy mismo podemos comprobar con la presencia de personas procedentes de otras culturas o de otros países en nuestra sociedad.

También la Guerra Civil es motivo de muchos de esos recuerdos que marcaron y marcan la memoria de nuestros mayores. Una guerra que los abuelos aún relatan a sus nietos, y que estos saben reflejar (con una pequeña ayuda lingüística de sus padres) en el papel.

Es una lástima que los centros educativos no se hayan volcado aún en un proyecto como el de HARTU-EMANAK, aunque desde nuestras instituciones haremos lo posible porque así sea. Destacar, eso sí, en la gran acogida que ha tenido en un centro vizcaíno, el Colegio Gaztelueta, que se ha integrado en el concurso y ha hecho que sus alumnos participen casi mayoritariamente en él.

Nuestro agradecimiento a todos ellos.

Ibone Bengoetxea
Concejala de Cultura

gabe, alderdi hauek azpimarratuko genituzke: migrazioak agertu dira kontakizun gehienetan, beharbada gure gizartea haiei loturik egon delako beti.

Gerra Zibila ere askotan azaldu da, nagusi gehienek memorian itsaita geratu zelako eta ezin izan dutelako ahaztu. Aitita-amamek ilobei gerrako gorabeherak kontatu dizkiete eta hauek (gurasoek pika bat lagunduta hizkuntza aldetik) ondo ederto islatu dituzte pasadizook paperean.

Azkenik, eskerrak eman nahi dizkiot HARTU-EMANAK Elkarteari, ekimen honengatik eta ikastetxeak animatu, lehiaketan parte hartzen jarraitu dezaten.

Ibone Bengoetxea
Bilboko Udaleko Kultura eta
Hezkuntza Saileko zinegotzia

PREMIOS

Reunido el jurado del Tercer Concurso de Relatos recuperados de la tradición oral HARTU-EMANAK, formado por María Teresa Osés Germano, María Asun Pérez Quintanilla, Tomas Izquierdo Mínguez y Txema Martín Villafañez, y actuando como secretarios Félix Hernando y Alejandro J. Oviedo, se decide otorgar...

En la categoría de *adultos en castellano*:

- Primer Premio al relato EL INCIERTO CAMINO HACIA EL NORTE, cuyo autor resulta ser **Luis García Saiz**, de Getxo, quien ha sabido mostrar las reacciones de todo un pueblo ante la marcha de una pareja de maestros de Burgos, que deciden emigrar a Vizcaya para dar una mejor vida a sus hijos.

- Segundo Premio al relato LA CADENA, de **Pedro María Tellitu Quindós**, de Algorta, una historia que enlaza diferentes personajes y vivencias.

Se decide de igual modo, seleccionar para su publicación los cuentos:

- NOSTALGIA, de **María Pilar Zuazo Caballero**, de Trapagaran.
- Y NO PASABA NADA, de **Ana M^a de Miguel Grijalbo**, de Berango.
- EL EDÉN DE MANUEL, de **Manuel Fernández Abel**, de Berango, y
- MI PRIMA CONCHITA, de **Ramón Talasac**, de Bilbao.

En la categoría de *adultos en euskera* se decide entregar el Primer Premio al relato NIRE AITITAREN SEKRETUAK, de Alberto Narbaiza Echeandia, de Gernika.

En la categoría de *niños en castellano*:

- Primer Premio al relato MIS TATARABUELOS CIPRIANO Y GENARA, de **Pablo Ferrández Zuluaga**, del Colegio Gaztelueta de Leioa, por mostrar con un lenguaje muy adecuado a su edad la línea familiar de sus

abuelos desde su emigración a América hasta su regreso.

- Segundo Premio al relato VIAJE A AUSTRALIA, de **Iñigo Eizaguirre Berasategui**, del Colegio Gaztelueta, por mostrar nuevamente otro caso de emigración, en esta ocasión hacia las antípodas. De esta forma, un tema tan actual como la migración puede verse desde el punto de vista de los triunfadores y de los que no lo fueron.

Se decide conceder un TERCER PREMIO al relato LAS INUNDACIONES DE 1983, de **Mario Arteche Miranda**, por mostrar la inquietud que provoca en un pueblo la lluvia que provocaría las inundaciones y la solidaridad para intentar atajar el problema.

Se seleccionan para su publicación los siguientes relatos:

- EL GORRIÓN, de **Borja Abaitua García**,

- EL MONSTRUO DE KANALA, de **Iñigo Aranzadi**, y

- EL AVION QUE NUNCA LLEGÓ, de **Juan Esteban Gonzalez del Valle**.

En la categoría de *niños en euskera* el premio queda desierto.

Asimismo se decide entregar una Mención Especial al Colegio Gaztelueta por su grado de implicación en el concurso.

Se han recibido un total de setenta y cinco relatos, con un predominio de la figura del abuelo como protagonista de las historias, y la presencia de la Guerra Civil y las migraciones como hilos conductores de los argumentos. En el caso de las historias escritas por los más jóvenes, se aprecia la mano de sus progenitores. Se ha valorado, por tando, la idea de diálogo entre niños y mayores, que ha hecho que gran parte de los trabajos se hayan cimentado sobre las anécdotas de los abuelos y no tanto sobre la tradición.

En Bilbao a 26 de noviembre de 2007

Adultos Nagusiak

EL INCIERTO CAMINO HACIA EL NORTE

Luis García Saiz

Primer Premio

Cada noche, Antonio reinventaba la historia de “Blanquita”, la cabritilla traviesa del cuento de Alphonse Daudet, su escritor favorito desde sus años de estudiante en París. Tres hijos aún pequeños, Ana Mari, Tere y Jesús, envueltos en la misma manta, esperaban impacientes las medidas palabras del comienzo: “Don Juan no tenía suerte con las cabras” y seguía el relato hasta que caían dormidos. Acomodó a cada uno en su cama y corrió las cortinas para que la luna cuidara de ellos. Bajó a la cocina. Su esposa Anuncia limpiaba las migas de la mesa y, sin soltar el trapo, se volvió hacia él:

—“Antonio, pasa el tiempo, lo hemos hablado muchas veces pero no hemos tomado ninguna decisión. Debieras de acercarte a la Delegación de Magisterio y enterarte de cómo está el escalafón, las “oposiciones a diez mil”, a ver qué posibilidades tendríamos de ir a una capital de provincia.”

—Tienes toda la razón, no podemos dejar pasar más tiempo, mañana mismo me voy a Aranda.

—Tenemos tres hijos pequeños y...no te lo había dicho antes porque aún no es seguro, pero creo que estoy embarazada...

Una escena así tendría lugar probablemente en una cocina de Hontangas, un pequeño pueblo en la provincia de Burgos, allá por el mes de enero de 1944.

Don Antonio y Doña Anuncia eran dos maestros jóvenes, maestros con vocación de enseñar, de educar, de vivir. Habían pasado la

Guerra Civil ayudando a todo el que llamó a su puerta, verdes, rojos o azules, sin mirar si las personas que escondían en el desván eran de los ganadores o de los perdedores. Las heridas de la reciente confrontación civil aún supuraban odios, venganzas o, cuando menos, recelos. Los juicios sumarísimos estaban a la orden del día y la discreción era la mejor consejera. Se trataba de un equilibrio que la pareja siempre supo guardar. Sin embargo, últimamente sus pensamientos y sus planes se centraban en sus hijos. Crecían en un entorno rural amable pero no les ofrecía un futuro claro de desarrollo personal y cultural. Tenían un problema y debían resolverlo a tiempo pero con tino. Era mucho lo que se jugaban.

Una mañana heladora de enero, Antonio se fue a tomar un café con el cura y el alcalde. El comandante de la Guardia Civil ni apareció. Les comunicó que ese sería el último curso escolar para él y su señora en el pueblo. Que aún desconocía en dónde se establecerían, probablemente en el norte. El cura se quitó violentamente el birrete y lo estrelló contra el mostrador: “Pero qué me está diciendo, Don Antonio, no hablará en serio. ¿Se da Vd. cuenta de lo que va a hacer? Santo cielo ¿y qué vamos a hacer ahora?” Se fue calmado ayudado de una copita de Soberano que desapareció en su colete de un sorbo. El alcalde, silencio, cara torcida, pretendía mantener el tipo pero sus nervios le traicionaron cuando se metió en la boca el pitillo encendido en lugar de la taza de café. Una blasfemia tronó y rebotó en las paredes desnudas del bar donde media docena de parroquianos se volvieron hacia la máxima autoridad local con mirada acusadora: “Mira a Don Javier cómo se le ve el plumero cuando pierde los papeles”. El cura, avergonzado, le cogió del brazo con firmeza, mientras le susurraba al oído con los dientes apretados: “Por Dios, cálmese que le están oyendo”.

Este episodio se extendió rápidamente entre los ochocientos cuarenta habitantes de Hontangas que supieron de ese modo que los dos maestros abandonarían el pueblo a final de curso.

Llegó la primavera y las gestiones de Antonio progresaban lentamente, pero progresaban. La confirmación de un próximo miem-

bro en la familia le daba bríos para ir de una a otra ventanilla o paciencia en las interminables esperas de los despachos oficiales. Nada era un obstáculo, conseguiría la información necesaria para tomar una decisión acertada, seguramente la más importante que como padres iban a tomar en su vida. Las dudas les bloqueaban: ¿No nos estaremos precipitando? Piensan que regresaremos cuando nos demos cuenta del error. En el fondo se trata de romper con esta vida ordenada y apostar por otra absolutamente desconocida en un lugar también desconocido. Tenemos que hacerlo, son nuestros hijos.

“Anuncia, tengo tres destinos a donde podríamos dirigirnos, dijo él con decisión aquella tarde: Madrid, Barcelona o Bilbao”. En realidad, sus opciones no daban para ir a estas capitales sino a algunos pueblos de la provincia. Cada uno tenía un determinado número de puntos en el escalafón de Magisterio por el ejercicio de su profesión que no era suficiente para ejercer la docencia en localidades de más de diez mil habitantes. Eran aún muy jóvenes y sus años de experiencia eran fácilmente superados por otros maestros de más edad que ocupaban las plazas mejores. “Tampoco estaría mal un pueblo grande y próximo a la capital, ¿por qué no?”, dijo él conciliador.

Buscaban un lugar donde sus hijos pudieran alcanzar otros objetivos más allá del título de primaria, una buena boda o ser unos ricos campesinos. Su objetivo último era poderles dar estudios universitarios en un ambiente que les permitiera desarrollarse cultural y socialmente.

Discusiones, consultas, enfados y dudas sin número sobrevolando siempre sus cabezas. Así terminaban uno y otro día a altas horas de la madrugada hasta que se centraron en dos localidades situadas en Vizcaya: Arrigorriaga y Plencia. No tenían la mínima referencia de ninguna de las dos. Buscaron en los textos escolares de Geografía y no encontraron información alguna. “Pidieron una conferencia” con Bilbao para hablar con un antiguo compañero de estudios de Antonio, él les orientaría. El resultado de la conversación fue que Plencia era un pueblo de la costa con cuatro gatos y muy mal

comunicado con Bilbao. Arrigorriaga, en cambio, estaba más cerca de la capital y, un dato clave para él, tenía una estación de ferrocarril por donde pasaba la línea Madrid-Bilbao. El tren sería su gran aliado para acceder a Bilbao y a la universidad.

Hacía cuatro días que había terminado el curso, a la mañana siguiente partirían hacia el norte. Habían ido dando muchos de sus enseres a familias necesitadas de Hontangas y otros pueblos de la vega del Riaza. En casa sólo quedaban tres grandes baúles que enviarían por tren y dos hinchadas maletas de lona reforzadas por cintas de cuero. Antonio se ocuparía de ellas. Anuncia tenía su embarazo muy avanzado y los chicos le darían mucha guerra en el viaje. Estaban emocionados y muy inquietos por ser la primera vez que montarían en tren.

Recorrieron las habitaciones vacías de la casa, cada rincón les traía momentos que tardarían en olvidar. El altillo del armario empotrado que ocultó durante dos semanas a un “rojo”, las marcas de la mesa en la pared de la cocina donde los niños hacían los deberes cada tarde. El fogón de carbón donde Anuncia reproducía a diario el milagro de los panes y los peces, estirando las cuatrocientas pesetas mensuales de los dos sueldos. Todo eran evocaciones de tantas historias compartidas que quedarían atrás para siempre.

Había sido una jornada de gran tensión, salieron a tomar el fresco al banco de piedra de la entrada, junto a la parra. Era una noche seductora del verano recién estrenado que, en vano, querían alargar reviviendo sus recuerdos bajo el techo estrellado de Castilla. Repasaron uno a uno los vecinos de los que ya se habían despedido en los últimos días. Fueron explosiones de cariño que desbordaron sus sentimientos. Encuentros buscados, abrazos prietos con cálidas palabras susurradas al oído, sólo lágrimas, besos sonoros, más que besos. Doña Aurora, una viuda sin ninguna relación con la escuela, se acercó con una cesta repleta de cerezas, pidiendo a Antonio que le permitiera darle dos besos, sin más. El comandante de la Guardia Civil y su familia no se dejaron ver, fueron los únicos. Siempre sospechó de los maestros, sobre todo de él, por haber estudiado en

Francia, tan liberal, y no tener color político. Esa falta de encasillamiento quitaba el sueño al jefe de la Benemérita.

Muy avanzada la noche, rendidos por el cansancio, lanzaron una última mirada a su cielo y se despidieron de la Vía Láctea. Acordaron salir muy temprano por la mañana en la furgoneta que les llevaría a la estación de Ferrocarril de Aranda de Duero. Querían evitar nuevos encuentros, abandonando discretamente el pueblo antes de que sus habitantes se despertaran.

La mañana era de una extraña tibieza, sin colores, sin sonidos amigos. ¿Dónde estaba el ruiñeñor que, con primer rayo de sol, saludaba cada madrugada desde su rama junto a la ventana? Los chicos le llamaban Venus, porque ya se oían sus gorjeos y aún se dejaba ver el planeta. O el viejo galgo que cada día venía a primera hora a comer los restos de la cena que Anuncia le daba. Tampoco estaba.

Carreras, nervios, alguna que otra voz para que los chicos se tranquilizaran. Sólo Antonio y Anuncia con su barriga iban de un lado a otro, revisando cada esquina o encontrando, arrugado bajo un montón de periódicos viejos, aquel chaleco desaparecido hacía semanas.

Sonó el claxon de la furgoneta de “el Emiliano” y fueron sacando y colocando los bultos. Volvieron sus cabezas, esta vez con nostalgia, hacia la casa, durante unos segundos. El ronquido del motor les volvió a la realidad. Abandonaban Hontangas y todo lo que ello significaba. Anuncia se acomodó pesadamente en el asiento delantero y dejó caer dos lágrimas. Se hizo el silencio dentro del coche. Rodó unos metros suavemente, en el cruce giró hacia Aranda de Duero. Nada más tomar la curva, apareció ante ellos un numeroso grupo de vecinos que deseaban darles una última muestra de afecto. El vehículo se detuvo y en ese instante surgió de entre la gente la figura enjuta del comandante de la Guardia Civil en reluciente uniforme de gala. Se acercó con toda solemnidad a la ventanilla de Anuncia llevando un paquete toscamente envuelto. Cesaron los aplausos y el griterío. Le entregó el paquete, se cuadró ante ella, dio la vuelta y

desapareció sin mediar palabra. La furgoneta arrancó despacio, muy despacio, dejando atrás los adioses mudos y las miradas cruzadas que, una vez más, atravesaron el corazón de los maestros.

En cuanto tomaron la general, Antonio pidió a su esposa que abriera el paquete, se moría de curiosidad. Entre hojas amarillentas de una vieja revista había una blusita y unos calcetines para un bebé. Había una hoja doblada manuscrita que decía: “Mucha suerte, Dioni y Gloria”. Era la única familia que no se había despedido de ellos, quién sabe si por un extraño concepto de la autoridad. En el último momento, vencidos sus demonios internos, habían dejado al descubierto una calidad humana hasta entonces oculta y... lo habían hecho públicamente.

Una vez en la estación, el traslado del equipaje al furgón del tren fue más sencillo de lo previsto. El vagón de segunda era limpio y confortable, salvo algún clavo que asomaba amenazante su negra cabeza sobre la madera de los asientos. Pronto quedaron atrás Hontangas, Aranda de Duero, la buena gente, el entregado alcalde y sus repentinos cambios de carácter, el párroco y su peculiar sentido de la religión. También el comandante de la Guardia Civil y su gesto de humildad con lo estirado que era. Hasta “el Emiliano” se negó a cobrarles el servicio: “Doña Anuncia, mi hija le debe mucho a usted, así que no me insita”.

El departamento estaba ocupado por ellos cinco más un viajero obeso que entró sin saludar y se sentó junto a la ventanilla. Su agobiada camisa, blanca en origen, dejaba ver una visible mancha de grasa en la pechera. A los cinco minutos roncaba como un temblor de tierra, compitiendo con el motor a gasoil del Ferrobús. Su cabeza calva se fue deslizando suavemente hacia el posabrazos, después su hombro derecho y finalmente todo él. Los tres hermanos, ajenos al espectáculo, disfrutaban de su nueva experiencia ferroviaria, pegaban sus narices a los cristales, querían ver todo lo que pasaba ante ellos.

La siega había comenzado. Las mieses aún en pie, doradas y

medidas por la brisa perezosa del estío ondeaban complacientes sus crestas al paso del convoy. Antonio y Anuncia hablaron poco durante el viaje. Sus silencios, sus miradas y sus manos bien apretadas fueron más elocuentes que cualquier palabra. No había marcha atrás, habían escrito una página importante de sus vidas, ahora estaban abriendo otra aún en blanco. Sus hijos, muy alborotados, empujaron varias veces a su vecino de viaje que siguió tronando y Antonio tuvo que imponer su autoridad.

A medida que se iban acercando al País Vasco, los cielos se iban cubriendo, algo a lo que tendrían que acostumbrarse en el futuro. Las noches estrelladas no serían tantas y los amaneceres grises con bruma y lluvia fina formarían parte de su vida a partir de entonces. El interventor interrumpió sus pensamientos, en media hora llegarían a Arrigorriaga. El viaje no había sido tan pesado como pensaban. Los niños habían terminado agotados y dormidos en posturas inverosímiles y hubo que despertarles.

El tren se detuvo. Se oyó la voz del jefe de estación: “quince minutos de parada”. Había que sacar todos los bultos del furgón sin demora. Recogieron sus cosas de mano y salieron rápidos del vagón. Al poner sus pies en el andén, las piernas de Antonio se pusieron a temblar sin control mientras él intentaba disimular dirigiendo la operación de los equipajes. La temperatura era mucho más agradable que en Hontangas y eso le pareció un buen presagio. Anuncia le tomó del brazo y los chicos les rodearon esperando instrucciones.

Minutos después un taxi les trasladaba hasta la casa de los maestros de Arrigorriaga. Estaban escribiendo las primeras letras de una nueva página en blanco.

Mes y medio más tarde nació yo.

LA CADENA

Pedro María Tellitu Quindós

Segundo Premio

Dedicado a mi bisabuelo

Miguel (Canga) Arza San Román.

“Los perros ladraron. Era a principios de diciembre. Mi abuela Pepín estaba entre pucheros, preparando la cena y mi madre le ayudaba. La tía Elena, que acababa de leerle el periódico al abuelo (hasta los anuncios), estaba cosiendo. Yo estaba sentado en un rincón de la cocina con mi hermana Lillimendi y le leía un cuento que me había comprado el abuelo Canga. Mi padre hacía unos minutos que acababa de llegar de la fábrica y comentaba con el abuelo sobre la nueva jornada de ocho horas y los tíos de Cuba. Los perros del caserío de Tellaetxe ladraron con más fuerza. Alguien se acercaba. Todos nos quedamos silenciosos. Era una noche fría y temprana que lloraba despacio...” Así empezaba mi padre a contarme una historia de su abuelo —mi bisabuelo—, teniéndome sentado en sus rodillas. Esa historia yo la sabía de memoria, pero me gustaba oírla siempre de nuevo. Y siempre, al llegar la pausa, le apremiaba: “No te pares, ¡sigue!”.

Entonces, con una sonrisa, continuaba: “¿¡Vive aquí Miguel el Navarro?!”, fue la voz que escuchamos. El abuelo se asomó a la ventana y le dijo que para qué quería estar con él.

“Vengo de Cuba y traigo noticias de sus hijos”, le contestó el recién llegado. Entonces, le hizo entrar hasta la cocina; que era recibidor, sala de estar, salón y comedor; todo a la vez. Venía con la gabardina marrón oscura por la lluvia. Iba goteando por toda la cocina.

Recuerdo el olor a sopa de ajo que preparaban mi abuela y mi madre. Cuando le ví, pensé que ese extraño se comería toda la sopa de la cazuela. Pero mi madre y sobre todo mi abuela, le recibieron con abrazos y lágrimas en los ojos. Le sacaron pan y queso, y un vaso de vino, pero él dijo que no pararía, que tenía más familias que visitar: Acababa de estar en Gorostiza con los padres de otro muchacho que estaba en cuba. Y dijo que los cinco hermanos estaban bien, aunque Luis, el pequeño estaba algo malo, pero que se recuperaría. “No son buenos tiempos, pero son trabajadores. Me dicen que si pueden mandarles algo de dinero, se lo agradecerían ya que todavía son tiempos un poco duros y han gastado bastante con la enfermedad de Luis. Esperan salir adelante con la granja de cerdos y la zapatería, pero están en los primeros años. Me han dicho que se lo devolverán todo en muy pocos años”. Mi madre y mi abuela le asaetearon: “¿Están muy delgados? ¿Hace mucho calor, como dicen? ¿Ya come bien Luis?, porque lleva tres meses enfermo, desde la última carta... ¿Cómo es la gente de allí?...” Hasta la tía Elena le preguntó: “¿Qué ropas llevan las mujeres?”. Antes de que contestara, mi abuelo se dirigió a él, y hablaron de esta manera:

“¿Cuándo marchas para cuba?”

“Mañana por la mañana”.

¿Y en qué barco?

“En el *Sotavento*”.

Entonces, el abuelo le dijo que entrara con él en una habitación, que le quería dar dinero para que se lo llevara a sus hijos, así que entraron. Entonces oí como se cerraba la puerta y a continuación ruido de golpes y quejidos, y gritos, y alaridos, y la voz del abuelo Canga, recia: “¡Aquí te deslomo, canalla!”, y más golpes, y más gritos... Mi abuela, mi madre y mi tía asustadas golpeaban la puerta gritando que abrieran, que si se había vuelto loco el padre. Mi padre, Perico, se quedó parado en mitad de la cocina sin saber qué hacer... Después se unió a las mujeres en su intento por abrir la puerta. Fueron unos momentos en que mis oídos no pudieron oír nada con los golpes, llantos, quejidos y gritos en aquella pequeña cocina. Miré a la cazuela de sopa y sentí el suave hervir de las gachas. Pensé que estaba llegando el fin del mundo y no probaría aquella sopa que tan bien preparaba mi abuela. Mi hermana Lillimendi empezó a llorar y

entonces, cuando la abrazaba para consolarla, se abrió la puerta.

El abuelo, con la tranca en la mano, y sujetando al visitante que sangrando por la cabeza, casi se arrastraba, salió despacio y le dijo a mi padre: “Vamos a llevar a este pájaro donde la policía municipal, y después a devolver el dinero que se ha llevado de Gorostiza: Todo ha sido un timo”.

Al otro día, *El Excelsior* traía la noticia de que un vecino de Barakaldo, Miguel, del caserío Tellaetxe, había desenmascarado y llevado a la comisaría a un atracador de familias de emigrados. Canga escuchaba absorto cómo su hija pequeña Elena, en los últimos años de la pubertad, le leía ésta y todas las demás noticias hasta que las letras se le acabaron, como hacía todos los días. La noche anterior, cuando volvió de dejar al sujeto en la cárcel nos contestó a la pregunta que todos le queríamos hacer: “Fue sencillo: Elena me había leído hace una semana, que el *Sotavento* estaba para desguace”.

Por mi parte, con mis siete años y medio, fuí feliz teniendo ración doble de sopa.

Mi padre siempre terminaba esta narración así:

“Esto sucedió al año siguiente del fin de la Gran Guerra”.

Como digo, ésta era la historia que más me gustaba que mi padre me contara de su abuelo. Pero a veces había otras: Unos diez años más tarde, Canga era corredor de fincas de una influyente persona de Bilbao. Para poder ejercer bien esta labor —lectura de contratos, etc.— le llevaba a mi padre con él muy a menudo. Un día de los muchos que fueron a Bilbao, tras las gestiones que hicieron, fueron a tomar un refresco y comer unos pinchos o tapas a un muy conocido restaurante de la capital bilbaína. Canga llevaba ropa limpia, pero ropa de aldeano, con txapela incluida. Unos trajeados parece que hicieron comentarios jocosos del atuendo de Miguel. Entonces hubo una discusión con apuesta por medio. Intervino el dueño del restaurante para hacer de juez. Uno de los encorbatados que habían apostado con mi bisabuelo, sacó de la cartera una cantidad de dinero importante para la época. Mi bisabuelo, contaba mi padre, se quitó la txapela y de ella sacó más que el doble de lo que había presentado el enzapatado. Además de ganar la apuesta, también se ganó el respeto de dueño y de los parroquianos.

Mi padre me solía terminar este suceso diciendo que eso ocurrió en el año del desplome de la Bolsa de Nueva York.

Otras veces me hablaba sobre la vida de su abuelo: Era natural de Ciordia, un pueblo navarro que besa a Eguino uniendo a Alava y Navarra. A los dieciocho años, en mil ochocientos ochenta y dos, hizo la caminata desde su pueblo hasta Barakado: Alguien le había dicho que se necesitaban obreros para la "Vizcaya", que dos años antes había construido varios altos hornos. También le dijeron que ese mismo año se acababa de crear la 'Sociedad Anónima Altos hornos'. Y eso le decidió a cambiar a su perro lagun y las ovejas por la herramienta que quisieran ponerle en sus manos. Y en muy poco tiempo llegó a capataz en la 'Vizcaya', cargo que no solía darse a analfabetos. Veinte años más tarde con el nacimiento de Altos Hornos de Vizcaya por fusión de su empresa con 'Iberia' y 'Altos Hornos', siguió demostrando responsabilidad y eficiencia en el cargo. Casó con una baserritarra y en el caserío, y posiblemente en todo Retuerto, era el único vasco parlante. Mi padre me decía que a las vacas les puso nombre vasco (*azkar, alai, urre,...*), así como los sobrenombres de sus hermanas y de él mismo (*lillimendi, gozo, uso, sein*).

Muchos años después, a mediados de los sesenta del pasado siglo, a mis veinte años, visité en Ciordia a los familiares que quedaron; las raíces del apellido que nos legó. Habían pasado poco más de ochenta años y ya nadie hablaba la lengua vasca en el pueblo que le vio nacer. Vivió dos guerras carlistas, una mundial y una civil. Cuando iba a comenzar la Segunda Guerra Mundial, y poco después de recuperar a uno de sus hijos, se fue suavemente a su estrella.

Mi padre, cuando me hablaba de su abuelo, me solía decir que estaba poniendo un eslabón. Era una cosa que no entendía. Si le preguntaba, me decía que lo entendería a su tiempo, sin explicaciones.

Pasaron los largos años que mediaban entre la francesilla y el tergal.

Cuando mis hijos tuvieron esos años mágicos del llamado uso de razón —seis o siete—, su abuelo ya hacía más de un lustro que había tomado su última senda. En ese tiempo ya les contaba los sucesos e historias de mi bisabuelo. También las vivencias de mi padre, su abuelo. Algunas ocurridas antes de mi nacimiento y otras las viví con él: Les hablaba de una guerra que nunca debió ser —como todas las guerras— en que su abuelo se vio envuelto por defender la democracia en su tierra... La guerra de un sargento de artillería al mando de

un cañón de campaña por toda la geografía española. “Una vez, en las estribaciones del Javalambre, un monte de más de dos mil metros de altura, cerca de Teruel, sin comida, tuvieron que segar la yerba y hervida, comerla como una sopa...” “En otra ocasión, en la defensa de Bilbao en el llamado Cinturón de Hierro, bajó a Barakaldo trayendo a un amigo íntimo malherido y que murió justo cuando llegaba la madre...” “Aquella otra vez que ante la inminente caída de un obús enemigo se tiraron todos a la trinchera, y tras la explosión, fue él el único superviviente...” Eran historias de un chico —su abuelo—, que cuando yo era pequeño, me enseñó a pescar con botrino, a esperar a que hubiera tormenta, y cuando las aguas del río Castaños bajaran turbias, aprovechar a pescar anguilas. Me mostró el nido de la txepetx y me insistió que nunca cazara esa pequeña avecilla pues era, además de la alegría del aldeano, trasmisora de malas enfermedades si se le hacía daño. Me enseñó a guiarme por el oído para descubrir a los grillos y a sacarlos de su guarida; a conocer a las aves por su vuelo, a aprender de la paciencia de los gatos, a resolver las ecuaciones con quebrados, a no fiarme de los que dan consejos sin habérselos pedido; a valorar a las personas por lo que hacen.

Había un pasaje de la vida de mi padre que les encantaba. En su vida de miliciano, algunas veces, los alemanes del bando golpista eran un poco más diestros que ellos, aunque estuvieran camuflados en un viejo robledal rodeado de malezas. Entonces, cuando los obuses silbaban gritando que caerían donde ellos estaban, había que correr y refugiarse donde se pudiera.

Eso es lo que pasó aquella vez. Corrieron todos en diferentes direcciones echándose al suelo. Mi padre se refugió en una pequeña vaguada cercana. Tumbado con los ojos cerrados, esperó mientras cerca la metralla hería los árboles. Entonces notó un roce que le cruzaba todo el pecho...

Abrió los ojos y una gran culebra de más de dos metros estaba cruzando la vaguada por encima de él. Al abrir los ojos, la culebra se volvió hacia él y se le quedó mirando ella también. Fue la vez que tuvo verdadero miedo. Cerró los ojos. Tras unos momentos que se le hicieron eternos, ella continuó su camino sobre él.

Pensó que nunca acabaría de cruzar aquel reptil. Su roce continuaba. Ya no oía las bombas que seguían cayendo. Al cabo de una

angustiosa espera de unos segundos, acabó de pasar. Entonces se levantó y como un poseso, corrió entre explosiones a refugiarse en dirección contraria a la que había tomado el ofidio.

Al cabo de un rato, cuando los obuses enemigos no les hostigaban tan de cerca, un compañero le dijo: “Es la primera vez en toda la guerra que te he visto perder el control, y no es para menos: Los obuses han matado al teniente y a tres artilleros de la batería. Esta vez esos teutones han acertado”.

Cuando terminaba de contar estas historias, solía decirles a mis hijos, al igual que mi padre hiciera conmigo, que eso había ocurrido en el año que Picasso pintaba el *Guernica*, cuando apareció por primera vez Supermán, o en el año que acabó la Guerra Civil y empezó la Segunda Mundial: Primero, segundo o tercero de la guerra.

También, por seguir la costumbre paterna, les decía que estaba poniendo un eslabón. Ellos pensaban que era parte de las historias y no se les solían ocurrir los porqués.

Se asentaron los años del ordenador y hubo cambio de siglo.

Y más pateras huyendo del foso sin fondo, muchas fundiéndose con la mar.

Y los desplazamientos voluntarios laborales en busca de una menor precariedad en el empleo.

Mi hija vive lejos y me ha regalado un nieto que el curso que viene empieza la primaria. Nos vemos menos de lo que yo quisiera. Siempre le hemos hablado, al igual que su madre, en euskera. Hace pocas semanas estuvo unos días en casa. Fué un viaje largo y el niño se cansó, por lo que le llevó a la cama temprano.

Cuando iba a darle el beso de las buenas noches, oí, desde el pasillo, que mi hija le estaba hablando y que en ese momento, hacia una pausa... Me quedé en suspenso.

Entonces llegaron claras las voces de los dos:

“*Ez gelditu, amatxu, ¡jarraitu!*” (No te pares, mami, ¡sigue!).

“*¡¿Bizi al da hemen Miker Nafartarra?!... (¿¿Vive aquí Miguel el Navarro?!)...*

Me volví despacio hacia la cocina. La historia duraría unos diez minutos más. Ese era el tercer eslabón.

Tres eslabones ya forman cadena.

NIRE AITITAREN SEKRETUAK

Alberto Narbaiza Echeandia

Lehenengoko saria

Nire aitita itzela zen! Egundo ez dot ezagutu neure denporan beste inor bere lakorik! Zer zan bera baina! Ameslari hutsa. Ezan erreza ulertzea beren esakerak. Beren kontaktak ez eukan sarritan niretzat zentzun askorik, baina nik gorputz ta arimez egoten nintzen agoa zabalik esaten ebana berari entzuten.

Beste gauza askoren artean ez jataz ahaztuten berari baten baino gehiagoetan entzundako au: Ur tean zehar egun ederrak, alaiak batzuetan ikusiko dozuz, tristeak eta mingotsak beste batzuetan, baina euren danen artean bi egun dauz magikoak direzenak, lur hontatik beste munduetara eramaten gaituezenak aurrerako barri barri itxiz, bihotzez sinisten badozu egiten dozunegaz.

Orrek egunek, bata Gabonetakoa da, urtearen egun laburrenatarikoena dana, ta bestea Donienekoa dogu, beren urtearen egun luzeenagaz, gure lurra planeta eguzkiaren inguruari itzuli osoa betetzerakoan, behin eta berriz aipatzen eusten ori.

Artzaintza lanetan ibili izana zan luzaro. Beraz, izadoa ta zeru edoiek lagun ebazan eta beren izakera kanpo haizetan oinarritutakoa zanez gero, jakituri asko eukan horraitio.Lau hankakoekin askoz hobeto konpontzen zan bitakoakaz adiduten baino, eta buru gainan txapela baerorien jantzita, orduen horrekin askoz gitxiago, zer esanik ez.

Nire aitita, zer zan bera baina!! Nire amumaren esanetan Billaroko txanbolin lakoixea zala berau, beti alai, gauza barriak egiteko asmotan, adoretzu , hara ta hona gelditu barik...

Badakizu zer? esan eustan behin baten. Gabon eguna bihotza

samurtzen deusku eta hobeak egiten gaitu hartuemanetan gure adiskidearekin egun batzuetarako behintzat. Baina Donienekoa, egun apraposa dogu ordurarte batunda ta kendu ezinik danok daroaguzan espiritu txarrak euren ekintza kaltegarritzkoarekin, guretik behingoz aldentuteko, eurok sutan erre ta desagertu daitezen betirako ilunbeteko ezer ezean, ta bide batez gure sostorraren osasuna indartu, pausuz pausu egun oso honetan erritu batzuk betez, eguzki indar betekoari beren onurie guontzat ataraz. Orrek egun bietan daukaguz ba, gizakiontzat mundu hontako bizitza on baterako lau haixetarako inorentzat sekretua ez dana, baina oraingo onetan bigarrenari ekingo deusagu soilik jarraian.

Nire aitari inork ez eukion zetan esanik noiz izango ote zan egun luze ori. Ikustea baino ez eukan kanpo zabalera, eta artoak las-totzen, indiak aienetan goraka, kerixa garaunak ea azkenengoetan, txori kumeak habietatik hegaz egiteko gertu egozela, kukue mututu-ten, izadoan karramarroaren irudia, ta eguzkia inozkoren goi, orduen egun berbera zan, inolako ezpai barik.

Da, etorri zan egun entzutetsu horren aurretikoa, etorri bere!! ta han hasi zan ba gure ibilaldi maratoia.

Goiz osoa emon gendun etxe barruko trapu ta erropa zaharrak kanpora ateratzen, galtzontzilo ta jugoi apurtuak, untzedun olak, abarka ta txapino konpondu ezinezko zulotuak, zorro ustelduak, kontserba pote hutsak ugerrak janda, erdi orritan aldizkariak, saguek erdi jandako maletaren bat, egurrak eta egurrak, kapatxak, lumak... ta beren gain gainian txurtena bazan be, trapuzko panpina xehatu bat herriko jaien baten halan edo holan irabazitakoa batek jakin noiz. Sapaia goitik behera arakatuta gero, behar ez ziren guztiarekin eupielako sastar meta bat pilatu gendun etxaurretik urrun, gauerdian sua emoteko asmoz.

Bazkal ostean lo-kuku bat egitera bota nenduen gogoz ekiteko gerotxoago etorteko zan lanari, ta bai etorri be ! zelan ez ba!

Erdi lotan nengoela, nire aititaren aboz laztangarria entzun neban: Jagi enetxo , jagi! Izkiotan gauz eta! Izkiotan gauzela!!

Arratsaldeko orduak aurrera joango ziren baina gaua ezan inondik agertzen beren betiko mantar baltzarekin, ta elai asko ikusi einkiezan zeru aidetan burutzezke lez nora ezean inozko beranduen hegazka. Oiloak, goiztiarrak etxeratzen inor bada, oraindik lurrari

asterka ta sorrirketan, ea mikatuta, glu-gluka andaparan bailegozan ur potsingoetatik mokoka edaten, ta zirinetan eta zirinetan; oilasko gangarduna, kukurruku ta kukurrukuka ganora ezin gitxiagoagaz adaki baten gainean neka nekatuta beren emezkoen atzetik segien tatez tatez lasterketetan soro estaltze lanetan ibili ta gero, ostantze-koetan baino behar gehiago gaineke orduak eginda egunbete hone-
tan, eurek danak astiz astiz oilo tokira abiaratzeko ta ardura barik ziarduala ikusten zirean baita. Katuak, berriz, luze luze etxanda lo, etorteko antzik ez eukan gauari alperrik itxaroten.

Gau erdia baino lehen, nire aititaren esku zantzu batetik oratu-
ta, baserritik urrian egoan basotxu batera, auzoko andra gizon bat-
zuren atzetik maldaz gora euren ume bat besoetan eroiela, eraman
nendun, eta esango deusuet oraintxe berton, harengandik zertzuk
harrituta ikusi neutsiezan egiten nire ume begitxu honexekin.

Gizonetatik batek, aurretiz autute eukon amets izeneko arbola
txapar gazte bateri joten deutso aizkorakada zuzen ta zehatz bat
beren erdi erdian, sartzen deutso gero ziri bat ebakitetakoan eta arra-
kalatuten da erdi bitan aratx pameliko zugaitz ori. Zati biak oker
alboetara dagozala eta gau erdiko kanpai hotsak entzunez batera,
eurekin ekarren haur txikia arbola bitartetik pasatzen dau beren aitak
beste alderdian dagoenari emonez. Gizon honek, ume hori atzera
ematen deutso beren aitari, baina arbolaren azaletik oraingoan. Eta
holan hiru bidarrez bata bestearen eskutik eskure azkenengo hots
astinkadia entzun orduko, amaitutzat emonaz errituala. Azkenez,
erdibitutako zati biak bat eginda kordelarekin lotuiez itxi eben zorio-
neko aratxa, ebaki orduko eukan itxureagaz.

Halako umia etenaren gaizdun egoan, eta aipatutako amets
arbola igartuta ez bazan, osatuko zala berak eukan gaitzetik, sinis-
men horregaz egin eben ekio guzti ha.

Jarraian, eta arineketan maldaz behera itzuli ginen biok gure
sastar meta egoan tokira, berau biztutera.

Harek atara ebazan suak! Zelako txinpartak baina! Txipli ta txa-
pla, gaztainak tanbolinean erretan bailegozan! A zelako su garrak eta
keiak! Eta zelako argitasuna emoten ebana baina! Gaua nun zan
baina!? Nun!?

Sinestu eidazu mutiko, hazi jatan aitona berbetan, joaniko urte
barruan etxean hildakoren bat izan ezkeru, beren erropa guztiak ta

lastamarra, makila ta makulu, garriko ta txapel, gaurko egunean behar direz erre, eroan daitekezan eurekin beste mundura. Ni ikusita nau inoiz nire arbasoen baten mamu irudia su metari bira ta biraka airez niri begira irripartsu ta esku bategaz abentadaka beren aurpegian onegiaren irri barretsuagaz azken agurra emoten, amaiera bagako ta pakezko ingurumarietara alde aurretik betirako.

Gu, erretureari biraka orain biribilketan bata bestearen eskuetatik oratuta, gainetik jauziak egiten hurrengoan genbiltzala ikaztu ilentiaak zapaldu barik, etxeko andrazkoak hauxe hau kantatuten eben:

Doniene beizpera gabien
abadiak aserratute zirien
ez eben besterik egiten
alkarri musturrek euziten.
San Juan dabil soloetan
artoetan ta garietan.
Artoak eta gariek kaixan gordeten,
lapurrek eta sorginek surten erreten.

Jantza eta dantzan eginda txingarren argitasunpean, goizeko ordu txikienak joanda ogeratu nintzen jota, urundute, eta lo zorro baten sartunda nengoela, hara hor ba entzuten dotela orain ere aiti-taren abots gozoa, nire oinetariko behatz nagusi bati eraginka, jagiteko esanez: Morroskotxu, gaurko egunean goiztik jagiten dana ez dau izaten nagirik urte osoan zehar ogetik hara. Ea ba gaztetxo, jagi aiz! laster haziko jaku eguzkia dantzan eta !

Eguzkia oraindik mendien ostean ezkutatute egoala, ta nire bihotztxua baita oraindik lotan neukala, San Juan izeneko ermita batera eroan nendun txakada baten bertako urak bareuten edateko eta ez dakit zenbat bira haren lau horma zaharretara ematen, eta ortozik ganera hango bedartzan goizeko ihintzetan nire kanpo ta barruak garbitu ekidazan.

Orain txo-txo, or dagoen zelaian eta herriko aberatsetariko baten dana, ebagiko deusagu kodainagaz astokada eder bat daukon sekulako bedarretatik gure kortako behientzat, zer eta eguzkiaren lehenengo brintzek urten baino lehen egin geinkezelako holakoak, beren ugazaba danak ezin egingo euskuela ez zigortu ezta ezer hasa-

rezkorik esan guri, holan dalako ekandua danontzat egun onetan.

Eguzkiak bere burua agertzen hasita egoala, edozelako lora batzuk biltzeko agindua hartu neban, eta aitita berak leizar ta elorri zuri adar txiki batzutan joan zan bide zior ospel batetik gora. Orrez gero lora txorta haregaz bota nindun abadearengana bedeinkatu eian herriko eleiz ateetan.

Ekarritako txorta ortuarizko igar batzuekin hornidu zituzan, berakatzarenagaz, arto lasto, larrosa orritua, basoko irakin, abar eta abar... sorba izenekoko bat horniduz, ta berak ekarritako leizar adarri lotunda ipini eban berau etarteko atietan arro arro danok ikusteko moduen, horrela gure etxea bedeinkatuta geratuz. Elorri zurikoa, etxeko horma kanpotik ahalik eta goien josi eban, beste urte baten sute edota oineztarrietatik gordetzeko ekaitz egunetan.

Arratsaldian, eta lehenago aipatutako ermiten, erromeri haundi bat egiten ari zirela ikuzi einkezean gazte guztiak euren buruetan lorez soinekotuta algara osoan eta jantzan, urtean behin goiz bi ta hiru arratsalde daukazan egun hau ospatzen ta santuari berea emoten.

Holan ba, amaitu gendun izkiota nire aititaren eskutik, ahaztu ez dakidezan etorkizunerako,baize berari ere aitonengandik ilobatueta etorri izan jakozelako ekandu ezin zahar onek, Kristoren izen ona gure ibar aran eta mendietan entzuten hasi aurretik kontuxu; eta azkenez amaitzeko gatz apurren bat botateko hemen esandakoari, gure amumak esaten euskun aprapos olgetan egun berau ostean: Atzo San Juan izan bazan, gaur juañ zan.

Bukatzeko, esango deusuet zelan ba ogeratu nintzenian behin goz, ez dakit zenbat egun egon nintzela lotan haga zahar bat legez mundu hontatik kanpo, eta nire amona holakoak sarritan ikusita egozan ezketino, esate eban: honek bai direzela San Juan loak!!

Ahaztu baino lehen gauza bat esatea baino ez jat geratzen, zelan ba egun hau atzean itxiz gero, etxekoen baimena genduela umiok hondartzara joateko gurasoekin lagunduta, ez ba, hango itsas bainuek hartzen ta mustadak egiten uda sasoa joan arte, aurretikoetan eurengandik debekua izaten genduelako horretarako.

—Agur lagunok eta beste baterarte.—

NOSTALGIA

María Pilar Zurro Caballero

Albina, sentada en su vieja mecedora se balancea suavemente delante del mirador. La tarde un día más se presenta en soledad. El sol comienza a esconderse entre los montes del Argalario. (La parte mas alta del pueblo). El calor es agradable, la gente en las calles disfruta de unas fiestas populares, hace un rato que se ha oído el chupinazo. (El gran cohete que anuncia su comienzo).

Cansada de leer, cierra el libro y lo deja encima de la mesa de cristal, que está junto a la ventana. Coge al gato Pirrís y lo sube a su regazo para acariciarle, desde hace muchos años es su fiel compañero. Ella le habla, le cuenta su vida; a veces piensa que hasta entiende lo que le dice; cuando la anciana está triste, el gato se acurruca a sus pies y le mira dulcemente; no se separa de ella ni un solo instante. (Cómo si quisiera estar vigilando todo lo que ella hace). La observa continuamente con sus ojos rasgados y sus orejas puntiagudas; su rabo se mueve ligeramente hacia ambos lados cada vez que le mima.

—¡Mira Pirrís! ¡Cuánta gente!... ¡Escucha la música!... Han empezado a bajar todas las peñas por la Avenida.... Pasan por debajo de nuestra ventana...

Albina mira emocionada a las cuadrillas, que ríen, saltan y cantan al son de las fanfarrias. Animando al resto de los paseantes a unirse a la diversión. En sus manos llevan grandes vasos llenos de kalimotxo... Van vestidos de arrantzal... y ondean una gran pancarta en la que se lee muy claro, “Alégrate amigo somos la peña del perdido”. Los coches al pasar tocan el claxon, y hacen que el ruido en la calle sea ensordecedor.

—¿Te gusta...? Le pregunta al gato.

A sus setenta y seis años, Pirrís es su única compañía. Después de llevar una vida de mucho trabajo, de sacrificio, y dolor.

A poco aspira ya en este mundo, con tener salud se conforma. Va viviendo el día a día.

Al ver toda esa algarabía en el paseo con gente hacia arriba y hacia abajo, inclina la cabeza hacia atrás, cierra los ojos y recuerda con añoranza sus años jóvenes. “Perdidos en el tiempo”.

—A mis dieciséis primaveras tuve la desgracia de ver ahogado a mi hermano en el canal, el verano del cuarenta y siete. Las ventanas de mi casa se cerraron ese mismo día a cal y canto, mi madre... no dejó entrar ni un rayo de sol durante dos años.

Todas las tardes mi única salida de paseo era hacia la iglesia del pueblo, para rezar el rosario. Acompañada de mi madre y mi abuela en todo momento, después, tenía que realizar labores de señorita... bordar mi ajuar... planchar; hacer ganchillo en mis enaguas... para mí, no había verbenas, ni amigas ni guateques... ni noches a la luz de la luna...

“En aquellos tiempos” si se moría algún familiar, estabas sentenciada a pasar dos años, o cuatro, encerrada en casa. (Según la cercanía del pariente).

—En el cuarenta y nueve falleció mi abuela, por lo que continuó el luto en mi hogar... toda vestida de negro, con pañuelo a la cabeza, los brazos cubiertos y las faldas largas; mi piel blanca como la leche; mi sonrisa apagada y mis ojos tristes.

Así fue mi retrato durante décadas.

Albina seguía recordando.

—Sin despertar a la vida, viendo, cómo sin saber por qué iba enterrando mi juventud.

Tenía veintidós años, cuando una tarde de verano hubo una gran tormenta y un rallo dejó fulminado a mi padre en el campo. (Bajo la encina).

Sembrando de nuevo la soledad en la familia.

Consolando a mi envejecida madre, por tanta desgracia, pasé mis mejores años en aquellas cuatro paredes.

No se podía cantar, ni reír, ni hablar más que lo imprescindible. Todo se limitaba a sollozos, y lamentaciones.

—Madre, voy a por la hogaza de pan, “en *ca* el Sr. Mariano”

—Madre, ¿Puedo ir en *ca* la Sra Julia... a por un poco de fruta?

—Madre, la sopas ya están hechas...

Hija, ve y no tardes, me encuentro mal, cuando no estás a mi lado.

Hija, di a la Sra Julia... que rece por nosotras.

Hija come tú, yo no tengo hambre.

—Así llegué a los treinta años, sin pisar una plaza con baile, sin contactos con jóvenes de mi edad, sin radio, sin televisión, sin teléfono, cada vez que se cumplía el luto, fallecía otro familiar.

La religión, las costumbres, la ignorancia... todo era injusto, en aquellos tiempos.

—El trabajar fuera de casa, no estaba bien visto en las señoritas, y a los libros que tenía acceso, solo trataban de monjas y santos.

Albina suspira, abre los ojos y dirige la mirada a la calle, se fija en las mujeres que van fumando, y ve cómo alguna que otra pareja se hace carantoñas y se besan. Sonríe... y le dice al gato.

—¿Sabes Pirrís?... En mis tiempos una chica en cuanto cumplía los treinta y seguía soltera... ya era una *birrocha*. Se la consideraban una amargada.

Asiente con la cabeza Albina y dice...

—¡Lo que ha cambiado la vida...!

—Antes había que ir virgen al matrimonio... teníamos la obligación de ser muy “recatadas” con el primer novio que salías debías casarte, de lo contrario te sacaban cantares.

—Hoy, Pirrís, sigue diciendo: Es todo lo contrario, tienes que ser “*re que te ca tá*” porque dicen: (Que si no lo ha querido nadie, ellos tampoco).

—¡Ay ...Señor...Señor !, por culpa de quien perdí yo mi juventud.

Albina coge al gato en brazos, se lo acerca a su cara y le susurra:

—Sabes Pirrís?... Te voy a contar algo que no sabe nadie, y sé que tu me guardarás el secreto, yo también me enamoré siendo una jovencuela, decían que era guapa, que era una pena que fuera tan tapada, y vestida siempre de negro.

El gato con pequeños movimientos de orejas la miraba fijamente.

—Sí Pirrís sí me enamoré. Sigue diciendo:

Tanto ir a la iglesia al rosario y al sermón , quedé prendada de Don Ignacio, era con el único hombre joven que hablaba... me decía cosas muy bonitas, una vez nos besamos... recuerdo que había comenzado el mes de mayo, todos los días iba a la novena del la virgen; la iglesia estaba vacía; yo colocaba las flores en el altar; el a mi lado... me agarró de la mano y...

El gran problema fue... que siendo cura, lo tenía muy difícil.

Creo que él se dio cuenta y alguien mas también porque enseguida le mandaron a las misiones y nunca mas le volví a ver.

Albina suspira profundamente, pone al gato en el suelo y continúa con sus recuerdos.

Cuando desperté a la vida, había cumplido los cuarenta y cinco y no me vi con fuerzas para abrir el abanico y saciar mis calores. Vine a la ciudad a trabajar después de morir mi madre.

—(Dejé aquel pueblecito de Castilla) me incorporé al trabajo laboral, aquí en la ciudad, conocí mucha gente pero...

—Ya ves Pirris, aquí estoy contigo: le dice Albina mientras persiste con la mirada puesta al otro lado de la ventana.

—¿Sabes una cosa? Le vuelve a repetir al gato: Hoy nosotros también vamos hacer una fiesta, voy hacer chocolate y vamos a comer unos ricos bizcochos.

Pirrís da un salto y se pone a dar vueltas alrededor de la mesa, Albina le sonrío y va con paso firme hacia la cocina, sus piernas aun regordetas la mantienen ágil.

Con alegría y tateando la música que se escucha a través de los cristales; hace un buen chocolate, pone dos tazas bien llenas, coge un paquete de bizcochos y en una bandeja lo lleva a la mesa que hay en el mirador; al gato se lo deja en una fuente alargada muy pequeñita que está en el suelo y los dos en complicidad se terminan su merienda, el gato se relame una y otra vez limpiándose el bigote, hace un giro con su cabeza y mira a su dueña. (Cómo si quisiera darle las gracias).

Albina recoge los utensilios los lleva a la fregadera y vuelve a hablar con el gato:

—Ahora Pirris. ¿Adivinas que voy hacer?... Voy a ir al ordenador... lo voy a encender y voy a chatear con el cibernovio cubano... ése que me ha salido. ¿Qué te parece?

Con este placer que me he dado... se me ha puesto el cuerpo torero ja, ja, ja. Va riéndose la mujer.

El gato Pirrís se queda sentado en la mecedora y fijamente sigue mirando al gentío, que va y viene por la calle, de vez en cuando levanta su patita derecha, para saludar algún que otro muchacho, que se ha percatado de que el gatito le observa.

Pirrís se siente un poco celoso y esta vez no quiere compartir nada con el cubano...

¡¡Y NO PASABA NADA!!

Ana María de Miguel Grijalbo

Para amigos/as de fatigas y contemporáneos de nuestra niñez y nuestra juventud, que no sé como hemos sido capaces de sobrevivir con tan poco de nada y no morir en el intento.

Nosotros fuimos la generación de la “espera”, también es verdad que no teníamos tampoco tanto que hacer como ahora.

Teníamos todo el tiempo del mundo para estar en la calle y jugar sin juguetes, porque no teníamos ninguno, pero... ¡cómo nos las ingeniábamos! para hacernos canicas con barro y con trozos de cristal de botellas rotas en la calle; nos hacíamos vidrieras a cada cual más bonita, jugábamos a la comba o a la pita, también al chorro morro pico tallo que.

Cuando nos hacían “ruido las tripas”, eso era hambre y había que ir a por la merienda, que a veces pegábamos una llamada de “aldaba” y nos la tiraban por la ventana.

¿Cómo tendríamos las manos de sucias?, ¡pues no pasaba nada!, nos limpiábamos las narices con la manga de la ropa y no tenía importancia. La verdad es que no llevábamos pañuelos de tela porque los perdíamos y eran para “el domingo” y como no había clines... Cuando se iba haciendo de noche y ya íbamos a casa, nos decían ¿pero de dónde vienes tan sucio?; pues hala, con un trapo humedecido en un poco de agua, nos frotaban lo más visible y a correr, porque en tiempos del alcalde Sr. Llana que “e.g.e.” sólo había en las casas un ratito de media hora o así de agua corriente, a los que teníamos la “gran suerte” de vivir en la planta baja, nos duraba más, había días que hasta tres horas; luego había que hacer cola en las fuentes públicas para llenar algún garrafón y algún balde para lo más necesario.

¡Y no pasaba nada!... por entonces no había virus.

Cuando ya fuimos un poco más mayores, llegó la moda de la espera ¿de qué espera?; ¡ah!, pues de muchas cosas, por ejemplo: si íbamos a bañarnos, había que hacer “dos horas de digestión” ¿sería que las comidas eran muy copiosas?, pues en casi todas las casas comíamos un huevo para cada dos.

Los domingos, como era obligatorio, íbamos a misa, porque si no íbamos, no nos daban el ticket para ir por la tarde al cine de la catequesis. Nos tenían en ayunas hasta después de la misa porque era pecado “mortal” el ir a comulgar si te habías chupado un caramelo o habías bebido agua. Luego si decías parece que me duele aquí o allá, te contestaban normalmente: Espera un rato y ya verás como se te pasa.

En las casas, generalmente no había ni lo más necesario para comer, hasta el pan estaba controlado y en muchas, hasta bajo llave. Bueno, pues lo más curioso es que cuando iban las madres con sus hijos, siempre le decían al médico del barrio: Mire Don... a ver si me da usted alguna medicina para este niño/a que es que no me come de nada. Nunca se me olvidará que el médico que estaba entonces para la zona nuestra y que era una buena persona, se conoce que tenía mal día, salió a la sala de espera y dijo con una voz muy airada: No sé porqué no cierran todas las panaderías y las tiendas de ultramarinos, pues parece que nadie tiene ganas de comer...

Eso era, porque así nos daban unos frascos de jarabe, que algunos eran de vitaminas, otros eran de calcio, pero había veces que nos mandaban aceite de hígado de bacalao y creo que el sabor tan horroso que tenía y el olor eran de lo más repugnantes que se puede nadie imaginar. Yo creo que era una manera de darnos un castigo, porque algunas veces, sí podíamos, nos comíamos la nata de la leche que al cocerla se hacía y nos gustaba mucho, pero... eso era para la merienda.

Volviendo la mirada atrás, se hace difícil entender como hemos sobrevivido y no nos hemos sentido traumatizados ni nada. Nos parecía todo tan normal, que ahora es cuando vemos las diferencias y haciendo comparaciones, pensamos que en el fondo éramos más felices, o nos sentíamos más importantes que los de ahora, que no saben mas que pedir y ya lo tienen todo enseguida, por eso la mente tenía que discurrir mucho más que ahora. Sin embargo no les queda tiempo para jugar, todo lo más, un poco con las Game Boy o el ordenador.

La vida seguía e íbamos creciendo, además, ¡qué ganas teníamos de ser más mayores!, para que a las chicas nos dejaran poner medias de “cristal”, porque hasta bien mayores, teníamos que llevar unos calcetines bien larguitos, de esos que hacían las amas o las amamas en casa y como nos daba vergüenza, pues de vez en cuando le cogíamos las medias a la ama y nos las poníamos en el portal, pero... ¡Qué casualidad!, siempre se corrían los puntos y claro, se descubría el pastel, además estaba prohibido depilarse las piernas, así que éramos un cuadro de antología. Y a los chicos les pasaba algo parecido, pero era con el pantalón de pata corta, que casi se lo cambiaban cuando iban a la mili. Ya pasó el tiempo y nos fuimos haciendo mayores. Pues bien, nosotros, los que éramos casi de la “alta alcurnia”, llegamos a tener un coche, un “seiscientos”, hemos llegado a viajar entre niños y mayores seis y siete personas, ¡y cabíamos!

No teníamos cinturones de seguridad, ni airbag, lo que nunca faltaba era un orinal pequeño por si alguno tenía que vomitar, y de esa manera, viajábamos a veces tres o cuatro horas y sin embargo nunca sentimos el síndrome de la clase turista.

En las casa nunca hubo puertas, ni cajones con accesorios de seguridad, ni frascos de medicinas o de limpieza con tapas a prueba de niños, y... ¡no pasaba nada!

El que podía, andaba en bicicleta, pero por calles de barro y piedras, y sin casco, ¡era lo normal! nadie se asustaba.

Los más decididos/as, alguna vez si no queríamos gastar los dos reales en el tranvía, hacíamos auto-stop y... ¡no pasaba nada!, más tarde, ya fue ese tiempo en el que algunos jóvenes tuvieran moto, pero “de papeles nada”, de “seguro nada” ¿y qué? ¿Y la cara que se nos ponía a los que no la teníamos?

En aquel tiempo... y no hablo de la prehistoria, los columpios, cuando los había, eran de metal y con esquinas en pico, y el que podía acceder a ellos era como de una raza superior. En los juegos de la calle, siempre había un componente importante, es decir, casi siempre triunfaba en todo el más bestia.

Los chicos se pasaban horas y días construyendo unos “carricoches” llamados “goitiberas”, que se hacían con unas ruedas que llevaban rodamientos de bolas de acero y que eran muy difíciles de conseguir, y que para bajar por cuestas era una gozada, sólo que entonces nos dábamos cuenta de que no tenían frenos... y el frenar era una

odisea, solía ser contra una pared o contra una persona que no tenía demasiada agilidad para esquivar y... ¡no pasaba nada!, por lo menos no se hablaba de ello con angustia.

Jugábamos mucho al “churro va”, y nadie sufría hernias ni dislocaciones vertebrales, ¿para qué?

Solíamos llegar a casa cuando se encendían las luces de la calle y suponíamos que era la hora de cenar, ese era nuestro reloj, algunos no tuvimos nunca reloj hasta después de casarnos.

Otros tuvieron más suerte porque hubo un tiempo que en Baracaldo, en un comercio que se llamaba Gabardinas Abascal, comprando una gabardina de “tornasol”, que era lo más “chic”, regalaban un reloj de pulsera y eso fardaba tanto que mucha gente las compraba a plazos para obtener el ansiado “peluco”.

Como no había móviles, nadie podía localizarnos y pensándolo bien, eso también era un síntoma de libertad.

Si alguno se rompía los huesos o los dientes, jamás había culpables, seguramente que la culpa era de cada uno.

Si nos hacíamos brechas jugando a guerra de piedras... ¡no pasaba nada!, era cosa de niños y se curaba con mercromina, y si hacía falta un par de puntos, nunca había culpables, ¿para qué?, si mañana iba a ser otro el de la brecha.

Comíamos algún dulce o refresco muy de vez en cuando, pero no éramos obesos. Si acaso un poco gordito y punto.

Compartíamos las botellas bebiendo a “morro” y nadie se contagiaba de nada, o no se hablaba de ello, ¿para qué? Lo que sí se contagiaba en el colegio eran temporadas de “piojos” y nuestras madres lo arreglaban lavándonos la cabeza con vinagre caliente. ¿Qué tendría el vinagre de entonces que servía para tantas cosas? Curaba ciertas heridas, quitaba ciertas manchas de la ropa, era suavizante para el pelo, se utilizaba en el último aclarado y te quedaba “brillante como la seda”. Eso después de habértelo lavado con unos polvos de sosabón o con jabón del Chimbo, que también llevaba sosa y decían que era buenísimo, seguramente sí lo sería porque se veían menos calvos que en la época de los “champús” y las cremas.

Quedábamos en la calle con los amigos/as, o ni siquiera eso, salíamos a la calle y allí ya nos encontrábamos. Solíamos jugar al escondite, a coger, a las chapas, al rescate, a las tabas, en fin, como podéis ver, todo era “tecnología punta”.

Todos los balones que podíamos conseguir los íbamos perdien-

do, encajados en los balcones de las casas. Ya no nos los devolvían como forma de castigo, salvo alguna excepción.

También hubo una fábrica de gomas que no estaba demasiado lejos y cuando juntábamos alguna calderilla, íbamos allí y nos vendían a los críos pelotas pequeñas, pero “rotas”, después las envolvíamos en trapos y nos servían para hacer un juego, parecido al “béisbol” con unos palos que nos encontrábamos por la calle. También hoy les iban a vender a los niños/as las pelotas rotas, ni tampoco regaladas las querrían, es que además hoy estaría prohibido, porque a eso se le llama engaño, ¿o no?.

Bebíamos el agua directamente del grifo en las fuentes públicas y algunos incluso chupaban el grifo, no conocíamos el agua embotellada. Algunos iban a cazar lagartijas y pájaros con una escopeta de perdigones sin ser mayores de edad, sin permiso y sin la compañía de adultos. ¡¡Dios mío!!, era un juego más...

En los juegos de la escuela, no todos/as participaban en los equipos y los que no lo hacían, tuvieron que aprender a lidiar con la decepción de no ser suficientemente atrevidos/as.

Algunos estudiantes, no eran tan inteligentes como otros y repetían curso... ¡Qué horror, no inventaban exámenes extra!

En los veranos, cuando podían llevarnos a la playa, podíamos estar el tiempo que fuera, pero nunca hubo cremas de protección solar ISDIN 15, no había clase de vela, de *paddle* ni de golf. Pero aprendimos a hacer unos fantásticos castillos de arena y sabíamos pescar a mano todo lo que se ponía a tiro.

Los chicos perseguían a las chicas para ligar con ellas y las chicas hacían como que no, pero se dejaban perseguir y esto era otro tipo de juego, natural como la vida misma, pero no era en un “chat” diciendo por ejemplo: “)” “D” “P”.

Tuvimos libertad, que no era igual que “libertinaje”, también tuvimos fracasos, éxitos también y responsabilidades por supuesto. Está claro que con los años todo va cambiando, pero los niños de hoy son mucho más inconformistas, parece que no están conformes con nada, aunque tienen prácticamente de todo lo que se puede comprar con dinero. Si una cosa no la consiguen a la primera, ya vendrá la segunda y la tercera, pero al final la consiguen y... ¿en qué lugar queda la ilusión?

Estamos inmersos en un mundo de consumo y de que si no tienes aquello que te ofrece el mercado, parece que vales menos que el

que sí lo tiene y creo que estamos equivocando los conceptos y los valores.

Me gustaría que alguien me explicara cómo hay que pensar para entender tanto cambio y no sucumbir en el intento.

De todas las maneras, si tú que me escuchas eres de los de antes... ¡Enhorabuena! Fuiste de los que tuvieron la suerte de crecer como niños/as. Se nos han pasado los años, pero así es como hemos conocido diferentes formas de vivir y también nos ha dado tiempo para comprobar que ni lo de ahora es tan bueno, ni lo de antes fue tan malo.

Pero si es mejor eso de que... ¡no nos pase nada!

EL EDÉN DE MANUEL

Manuel Fernández Abel

“¿Quién será ese anciano?” nos preguntamos mi esposa y yo un día de verano que disfrutábamos de un paseo por el campo, atravesando verdes prados por una de esas zonas rurales de la Galicia interior. Estaba sentado sobre un viejo muro de piedra, posiblemente construido por alguno de sus antepasados, con su boina negra que le protegía del sol y la mirada clavada en su robusto bastón que alguna vez levantaba para mirar sus vacas que tranquilas pastaban en aquella verde pradera.

Muy cerca había una aldea en la que vivía Leonardo, pariente lejano de mi familia, al que cuando podíamos, le hacíamos una visita. Entramos en la era sin llamar pues las verjas siempre estaban abiertas y los perros encadenados cerca de sus jaulas.

Éstos dieron aviso de nuestra entrada, pero no aparecía nadie. Nos metimos hasta el viejo pajar donde había aperos de labranza que Leonardo cuidaba y reparaba. Con el ruido de sus aperos no se percató de nuestra presencia, hasta que le tocamos la espalda dándole un pequeño susto. Nos saludamos e hicimos las preguntas de rigor sobre nuestras familias.

Ya casi nos despedíamos cuando mi esposa le espetó: “Cuando veníamos nos encontramos a un viejo cuidando unas vacas que nos llamó la atención, pues nos pareció muy mayor para esas labores”. Leonardo, con la herramienta que tenía en la mano, nos miró y en cuestión de segundos dijo: “Sí. Ese es Lareo (Manuel de Lareo). Vive sólo y él se las arregla para todo. Se apaña la casa, la comida y todo lo demás. Y con noventa años encima.

Yo, que hasta aquel momento no me interesaba demasiado aquella conversación, le pregunté. “¿Cómo ha podido este hombre llegar a esta situación?”. Nos miró y dijo que mejor fuéramos a su casa otro día para que, con más tiempo, nos contase lo que de esa familia sabía. Nos despedimos quedando que ya pasaríamos otro día y, si nos acordábamos, seguiríamos aquella conversación.

Pasaron unos días antes de volver por la aldea y de paso ver si Leonardo quería contarnos lo prometido.

Estaba en la huerta y nos vio llegar. “Hola ya salgo. ¿Qué tal todo?” nos dijo. “Bien” le contestamos. Pasamos dentro a tomar algo al viejo fogón y nos mandó sentar. Entró en la bodega y descorchó una botella de cosechero del que ellos producían. Comentó a la vez: “A ver sí lo podéis beber, pues algunas botellas están picadas y no hay quién los beba”. Se sentó con nosotros y, después de llenarnos los vasos, sacó una baraja de naipes. Echamos un tute (yo sabía que esto le gustaba mucho y accedí a lo que me pedía). Jugamos dos o tres manos, mientras mi esposa miraba una revista que allí estaba.

“Leonardo” le dije. “Nos tienes que contar la historia de Lareo que nos prometiste hace unos días”. “¡Qué pasa!. Nunca se puede acabar una partida en esta casa”. Le contesté “Bueno, bueno Leonardo no te me enfades. Jugamos dos manos más y luego nos cuentas lo que puedas”. “Vale” me dijo ya más calmado. “Pero que sepas que la partida que se empieza hay que acabarla” añadió después.

Empezó Leonardo diciendo: “La casa de Lareo es de las más antiguas de la aldea y, según me dijeron los más viejos, siempre fue pudiente en tierras y ganado. Es una de las mejores y más grandes fincas de esta comarca y quizás la más rica en varias generaciones. Nació Manuel a principios del siglo XX cuando sus padres, para poder trabajar toda aquella hacienda, tenían consigo criados para las labores más duras. María que así se llamaba la criada vio nacer y crecer a Manuel y un hermano más joven. Los criados en esta época se contrataban de por vida y eran uno más de la familia para todo, menos para heredar cosa que sólo lo hacían los hijos.

Sacó Leonardo unas lonchas de jamón casero y de nuevo llenó los vasos. Hay que comer algo para terminar esta botella que luego se tiene que tirar. “Se comenta”, nos dice, “que cuando mejor estaba

su familia, se tuvo que marchar Manuel a la Guerra Civil obligado como tantos otros; dejando a su familia sin su trabajo que tanto les suponía". Leonardo matizó también que en todas las familias de aquel entonces se les enseñaba a cuidar las vacas y labrar la tierra desde muy niños.

Lo que esta familia no se imaginaba era que, al poco tiempo de marchar, volvió Manuel gravemente herido y con una invalidez de por vida. Poco podía ayudar entonces a sus padres. No obstante, gracias a una lenta recuperación, si ayudó luego a cuidar de las vacas que era la parte más importante de aquellas economías por entonces.

Leonardo siguió relatando la historia de Manuel: "Muy cerca y en la misma aldea, vivía una moza llamada Elena con la cual Manuel empezó a hablar sin imaginarse que, con el tiempo, éste sería el amor de su vida". Se levantó de repente Leonardo como si hubiese terminado. "¡Ala que ya es bastante por hoy! Cuando queráis volvéis, nos echamos una partida de cartas y os sigo contando". Me di cuenta de que Leonardo me estaba ofreciendo un cambio. Yo jugaría su partida y él, a cambio, me contaría el resto. "Bien. Así quedamos para el próximo día" contesté.

Como tardábamos en volver, nos mandó un mensaje, preguntándonos a ver si ya no queríamos visitarle. No tardamos en volver de nuevo. Allí estaba él con sus naipes preparados. Jugamos y de nuevo empezó a relatarnos más cosas. "En teoría, al igual que Manuel, Elena vivía en su casa. Ambos se sentían cómodos, sin pensar de momento en nada que se pareciera a boda. En el fondo a él le aterraba casarse y marcharse de casa. Poco podía hacer Elena si él no estaba dispuesto. En casa todos se iban haciendo mayores: sus padres, María la criada, etc".

Estos se preocupaban por la pareja que no se decidía. Muchos le preguntaban a Manuel porqué no se casaba a lo que éste contestaba: "No tengo suficiente para mantener una familia". Se fueron muriendo su padre. Luego su madre y por último María la criada que le había cuidado toda la vida. Así se quedó sólo Manuel con su hacienda y sus vacas y con su novia con la que no se acababa de casar después de treinta años de noviazgo; la cual también enfermó y murió cerca de cumplir los sesenta.

A cualquiera que no fuese Manuel se le caería el mundo encima,

pero Lareo era de otra pasta y asimiló lo que estaba pasando en su vida con aparente tranquilidad. Siguió cuidando sus vacas y labrando sus tierras, quejándose que no tenía con qué vivir si no trabajaba. Sin embargo, todos sus vecinos sabían que le sobraba dinero que nadie sabía donde lo guardaba. Ni siquiera unos gitanos que, sabiendo como era su vida solitaria, le entraron en casa poniéndola patas arriba pero de dinero nada.

Siempre tenía un perro como compañero que comía y dormía con él como su inseparable amigo. “En otra ocasión”, nos dice Leonardo, “hubo un enorme incendio en los montes cercanos que arrasó toda clase de árboles algunos centenarios propiedad de Manuel. Como consecuencia del incendio, una parte muy importante de sus montes se debían limpiar. Se los fue a ver un comerciante de madera que le ofreció en aquellos tiempos unos cinco millones a lo que Manuel contestó: ¡Si sólo valen ese dinero los quito yo mismo!, cosa que nunca llegó a realizar, por lo que allí se pudrieron sin ningún provecho.

Muy cerca de este pueblo estaba el centro comarcal que celebraba días de feria cada quince días. Eran en estos días de feria los únicos en los que Manuel salía de sus tierras, o bien a vender algún que otro ternero o bien otras veces a pasarse el día a su capricho, encargando a algunos de sus vecinos le echaran una ojeada si podían por si pasaba algo. Alguna vez se pasaba con la bebida y a su vuelta nadie le esperaba (sólo sus vacas) que nada le recriminaban.

Muchos de sus vecinos se preguntaban y preguntan cómo era posible que una persona tan solitaria pudiese aguantar tanto viviendo en unas condiciones de total abandono para su salud y alimentación. Él podía permitirse el lujo de tener, como antaño sus padres, jornaleros que le ayudasen tanto fuera como dentro de casa. Sin embargo, seguía en sus trece, diciendo “No tengo suficiente para pagar a nadie jornales”.

De repente Leonardo se acuerda de algo que pasó por alto. Sacando unos tacos de queso y unos vasos de vino a modo de cena nos comentó: “Su hermano se marchó siendo joven, se casó y tuvo un hijo que vive, según nos dijeron por el norte”. Donde vive Lareo, se trata de una aldea rural del Ayuntamiento de Arzúa (La Coruña). Bueno, como es sabido en estas comarcas, el hijo que se queda con los

padres lo hereda prácticamente todo por lo que su hermano poco pudo llevarse. Este sobrino le visitaba de tarde en tarde. En una de estas visitas quedaron en que la próxima vez traería a su familia y se pasarían unas vacaciones con él. Su sobrino aceptó pues nada tenía que perder y sí mucho que ganar si la cosa salía bien. El sobrino no podía meter a los suyos en aquella pocilga ni un solo día, por lo que alquiló una caravana bien equipada y se presentó con la idea de que su tío le dejara asentarse en su campo al lado de la casa.

Cuando Manuel vio esto, le llamó y dijo: "Si has de estar aquí será en la casa. De lo contrario, te coges todo esto y te largas". Benigno, que así se llamaba el sobrino, cogió su caravana y se marchó sin mediar palabra para no volver nunca más ni siquiera de visita. Por todo esto preguntamos a Leonardo: "¿A quién dejará Manuel su fortuna si es que piensa hacerlo?". Leonardo nada sabía, pero nos comentó que unos parientes lejanos le estaban ayudando mucho últimamente. "Ellos sabrán porqué". Todo los vecinos de Manuel se fueron muriendo. Leonardo también (dos años después de contarnos todo esto, de grave enfermedad a los ochenta y dos años). A Manuel, que ya tiene noventa y cinco años, no le ha podido matar ni la guerra ni ninguna otra circunstancia de las muchas que en su larga vida ha tenido.

¿Cómo será su final en la especie de cama donde duerme con su inseparable perro?. Será posiblemente el sexto o séptimo de la liste que muera sin que nadie se entere. O será tal vez como nosotros le encontramos sentado en unos de esos muros de piedra que él tan bien conoce, mirando como pastan sus vacas apoyado en su tabuco que él mismo fabrica. ¿Se enteraran sus vacas si así sucede?. Quien sabe. Manuel de Lareo a estas alturas (finales del 2006) sigue en su edén, haciendo lo mismo desde que tiene uso de razón.

Yo no me atrevo a hacer ningún cálculo sobre un ser como Manuel que ha pasado toda su vida entre vacas. Una persona que ha estado mal cuidada en todos los aspectos y al que las enfermedades han respetado tanto que sólo la guerra le tuvo postrado un tiempo, sin poder cuidar de sus vacas, sus campos y bosques. Nosotros no tendremos inconveniente en seguir viéndole en su paraíso.

"Hasta cuando tú quieras Manuel"

MI PRIMA CONCHITA

Ramón Talasac

Mi prima Conchita tenía siete añitos en aquel verano de 1937, no entendía muy bien lo que pasaba a su alrededor, por qué tenía que salir de casa cuando tocaban las sirenas, bueno eso si entendía, porque venían los aviones con bombas, pero no entendía por qué tiraban las bombas, el hecho es que cuando eso ocurría y sucedía durante el día, tenía que salir corriendo a un refugio al que acudían multitud de personas.

Mi prima Conchita vivía en una casa que hacía esquina con la calle Correo de Bilbao, en compañía de sus padres, de su hermano de un año y medio, de un abuelo, una tía abuela y una chica de servicio originaria de Poza de la Sal que llevaba con la familia toda su vida, ya que había servido a sus abuelos y ahora lo hacía con sus padres. Su edad era próxima a los sesenta años, algo menos que la del abuelo y su tía abuela.

Las idas y venidas al refugio cada vez eran más frecuentes, sus padres la llevaban junto con su hermano menor, al que tomaban en brazos y, acompañados por el resto de la familia, a una casa de hormigón situada en la calle de la Ribera, bajo una ferretería de nombre Erice y que la autoridad, debido a su tipo de construcción, había declarado como bastante segura en caso de bombardeo. El camino lo sabía de memoria y casi era una diversión para ella las carreras a aquella casa en cuyos sótanos se refugiaba, aunque también escuchaba comentarios nada tranquilizadores sobre si, la citada casa podría soportar el impacto de una bomba, teniendo en cuenta, lo que había ocurrido en un edificio próximo a su vivienda el cual días atrás había

sido destrozado por el lanzamiento de un obús, edificio que ella conocía muy bien por estar en sus bajos la acreditada pastelería del Buen Gusto, famosa en Bilbao y a la que también acudía años atrás, en tiempos de la monarquía, la reina Victoria Eugenia con los infantes, tal como se lo contaba una vecina que había trabajado de dependiente en la acreditada pastelería bilbaína.

El caso es que aquel día fue especial, los nacionales avanzaban sobre Bilbao, los bombardeos eran cada vez más frecuentes y los rumores de enfrentamientos y tiroteos, incluso en el interior de la Villa, se escuchaban cada vez con más fuerza. Cundió el rumor de que iban a volar el Casco Viejo y, que las calles de Bilbao iban a ser la última trinchera para detener a los nacionales. Los ruidos de los obuses y de las ametralladoras se oían provenientes de la vecina montaña de Artxanda y la población civil tenía miedo de verse cogida entre dos fuegos, con un dudoso aprovisionamiento (lentejas y arroz en aquel momento) y quizás peor en el futuro. Sin embargo, aquella mañana también se oyeron o se rumorearon algunas voces de paz al comentarse que la población civil podría salir de Bilbao sin ningún temor e incluso atravesar los frentes sin miedo a que les disparasen, lo que fue aprovechado por muchos vecinos de la Villa, para salir de lo que pensaban podría ser, dentro de muy poco, un frente de batalla.

Sus padres habían tomado ese día una importante decisión. A la salida del refugio reunieron al grupo familiar y todos juntos decidieron pasar a la zona nacional ya que allí, debido a las diferencias de fuerzas difícilmente podrían atacar los republicanos y se verían libres de los tiroteos, algo que también había sufrido días antes, cuando habiendo ido con su madre, al caserío de una parienta, sito en las faldas de Artxanda, habían tenido que esquivar las balas, cuando regresaban con una cantimplora de leche y unas verduras.

Aquel día comenzó la expedición, como hemos indicado anteriormente compuesta por siete personas de diferentes edades desde ancianos hasta niños, uno de ellos casi de mantas, por los túneles de los trenes que perforan Bilbao y sus alrededores.

Serían las nueve de la mañana cuando comenzó la expedición del tan brillante ejército, compuesto por siete personas de diferentes edades, desde ancianos hasta niños, uno de ellos casi de mantas, como hemos mencionado anteriormente, ejército que casi no podía

mantenerse en pie y con un abuelo que padecía asma crónica, por los túneles de los trenes que perforan Bilbao y sus alrededores, partiendo por el túnel de la estación de Las Arenas con el fin de pasar posteriormente por el ferrocarril de Lezama a La Ola

Conchita era muy niña y hay datos que se le escapan, creía recordar que del refugio había vuelto a su casa, para recoger algunas pertenencias, pero si tiene en su memoria los hechos que a continuación describe.

Por el camino hacia la estación, y en la calle de La Merced, nada más comenzar el viaje iba yo en primer lugar y mi padre cerrando la expedición. Se acercó un oficial del ejército republicano para impedir que mi padre se fuera y reclutarle para la defensa de la Villa. Yo, cuando vi lo que estaba ocurriendo, tuve una reacción decidida, salí corriendo hacia él y, llorando, me agarré a sus piernas, papá, papá, dije gimiendo, no nos dejes, entonces el oficial, con gesto entre molesto y apenado nos permitió continuar la marcha.

Íbamos a la estación por delante de la Iglesia de San Nicolás, en El Arenal había bueyes pastando, ya que días antes, y a medida de que el frente se había acercado a Munguía, algunos baserritarras, ante el temor de verse pillados entre dos fuegos, habían cogido gran parte de sus enseres los habían montado en carros y trasladándose a Bilbao, ya que consideraban era este un lugar más seguro.

Nada más comenzar a andar y casi saliendo de la estación de Las Arenas alguno de la familia vio a un militar, que debía ser de algún batallón republicano, controlando la salida de la población civil con el fin de evitar que escaparan combatientes regulares. Mi padre, como he indicado anteriormente, no era combatiente, pero por su edad podía confundirse con los mismos, por lo que para evitar complicaciones mis padres decidieron hacer un banco con las maletas y sentarnos todos sobre ellas quedando mi padre escondido debajo al tapar todo el catafalco nuestras rodillas y las mantas que portábamos. El inspector saludó a los ancianos y a mi madre, se marchó, y nosotros continuamos nuestra pequeña odisea por aquel túnel cruzando y recruzando las vías del tren hasta llegar al final del mismo, que terminaba en un lugar próximo a la Ciudad Jardín. Allí debíamos ascender algunos metros para tomar el largo túnel, que atravesando Artxanda, nos debía conducir a la zona nacional que en aquel

momento estaba libre del alcance de los disparos cruzados entre ambos bandos contendientes.

A la salida de aquel primer túnel había varios vagones de ferrocarril abandonados, que mis padres creyeron iban a servirnos de camino seguro, libre de la mirada de los contendientes que cruzaban sus disparos cada vez con mas continuidad y más próximos a nosotros. De repente, sin saber por qué ni por quién, nos encontramos en medio de un tiroteo, al pensar los contendientes de un bando que aquellos vagones podrían ser parapetos del otro bando contendiente. Yo no entendía por qué nos disparaban, pero lo cierto es que mis padres estaban asustados, aconsejándonos que nos tirásemos todos al suelo para evitar el fuego cruzado. En ese momento, una de las personas mayores que iban en tan singular caravana, sacó un trapo blanco a modo de bandera, como pudo, lo ondeó repetidamente con las manos (todavía lo tengo grabado en mi mente) el flamear del pañuelo bandera, que mostrábamos a los contendientes que nos atacaban cualesquiera que fueran. Ante mi sorpresa, desde ambos lados dejaron de disparar, a la vez que nos animaban con, gritos, a que con rapidez nos dirigiéramos a la entrada del túnel del ferrocarril de Lezama que, como ya he indicado atravesaba la montaña.

La travesía fue especialmente dura, no sólo por la distancia entre la boca de entrada y salida, sino, porque a causa de su longitud, el recorrido teníamos que hacerlo en condiciones de casi absoluta oscuridad, yo iba abriendo la marcha, alumbrando al grupo sólo con un farol y una vela que titilaba con el movimiento de mis brazos, en aquella agobiante travesía. Sin embargo no fue esta dificultad la peor de aquel camino, nada más comenzar el mismo, mi madre me advirtió que no mirara a los costados de la vía, ya que allí, dentro del túnel y, a modo de hospital me pareció ver cadáveres de combatientes y heridos que estaban recibiendo los primeros auxilios, también a una mujer que acaba de dar a luz a un niño, tumbada y tapada mientras otra mujer que sostenía al niño, recién nacido, en brazos. La impresión que recibí la tengo todavía hoy, clavada en mi retina.

El año anterior, como muchas niñas, había estado estudiando mis primeras letras, en un colegio de monjas de Bilbao, por lo que no podía entender nada de lo que estaba ocurriendo, de todas las pena-

lidades que sucedían a mi alrededor. Tanto era así que pocos días antes de esta salida, había ido con mi ama al mercado de la Ribera, allí, después de un bombardeo, una mujer dijo delante de un montón de gente: ¡ya vienen los nuestros! La mujer fue cogida por los pelos y no sé que pasó con ella, pero yo pensaba para mí, pues si esta mujer dice que son los nuestros y nos están tirando bombas creo es mejor no vengan los nuestros, aunque yo no sabía bien quienes eran los nuestros y los otros.

No sin pocas penalidades conseguimos atravesar el oscuro corredor de casi kilómetro y medio de longitud del túnel de Artxanda, a la salida del mismo había un gran charco, o al menos a mí así me lo pareció, en el que nuestros pies se hundieron bruscamente, completando nuestra desafortunada vestimenta. El aspecto que debimos tener tras el camino recorrido debía ser absolutamente patético, con el abuelo casi sin poder respirar a causa de su asma y yo encabezando la expedición como si fuera la heroína de alguna película. Primero me cogieron unos soldados, compadecidos de nuestra situación, me tomaron en brazos para que no me hundiera en el barro, me dieron unos higos, y después, mi recuerdo se centra en la visión de un moro con una capa blanca que me acogió en sus brazos y me ayudó a cruzar aquel charco, que a mí se me antojaba casi un océano.

Efectivamente, al otro lado de la montaña los disparos se oían más lejanos, pero, de todos modos, mis padres tenían algunas personas conocida en Zamudio, por lo que siguiendo la vía del ferrocarril anduvimos con todo el equipaje y una lata de sardinas que no se abría, esperando para hacerlo al momento en que la situación empeorara aún más, cosa realmente difícil teniendo en cuenta las penalidades de aquella travesía.

Al atardecer y después de haber pasado numerosas penurias a lo largo del día, llegamos a la vivienda del amigo de nuestros padres. Estaba esta situada en el bajo de una casa, próxima a la carretera y dando la parte posterior a unas huertas. Fuimos excelentemente recibidos por los vecinos, la casa estaba prácticamente vacía, ya que, la mayoría también habían escapado a otro lugar que consideraron más seguro, allí encontramos por fin descanso.

Mi madre preparó un arroz con leche, que en aquellas circunstancias era un manjar mucho más apetecible que una langosta a la

americana o a las prestigiosas ostras de Arcade. Una vez preparado el ansiado arroz, comprobamos que estaba apetitoso, pero excesivamente caliente por lo que, aprovechando la buena temperatura del mes de junio, se dejó en el alfeizar de la ventana, con el fin de que se enfriara un poco mientras los mayores contaban a sus amigos las peripecias del viaje, y los otros les relataban como había sido la ocupación de aquel pueblo por parte de los nacionales. La conversación se animaba por momentos y todo querían contar sus experiencias personales en aquellos aciagos días de batallas. De repente, resonó un ruido en la ventana, y ante el estupor de todos, comprobamos como un perro famélico, había saltado a la ventana y con gran velocidad había dado cuenta del exquisito arroz con leche y tirado la bandeja con los restos al huerto contiguo de la casa...

No recuerdo como terminó aquella cena, ni si mi ama volvió a preparar con más éxito otro puchero de arroz con leche, pero lo que sí me quedó grabado como si fuera una fotografía, era aquel chuchito comiéndose vorazmente lo que habría sido nuestra primera comida sustanciosa del día.

Quizás este relato no tenga nada de heroico ni aporte nada a la historia de aquella cruel guerra, pero si refleja la visión de una niña que no entendía nada y que desea que jamás, ningún otro niño de cualquier País se vea envuelto en estas situaciones como estas o aun peores.

P. S. Transcurrida la guerra y paseando con mis padres por El Arenal, se nos acercó amablemente un señor que no reconocíamos, pero que en voz baja nos dijo. ¿Recordáis a la mujer del túnel que acababa de dar a luz? Era yo y mi mujer era la que tenía al niño en brazos.

Niños/as
Haurrak

MIS TATARABUELOS CIPRIANO Y GENARA

Pablo Ferrández Zuluaga

Primer Premio

Esta historia ocurrió entre el pueblo de Bakio en el País Vasco y la ciudad de La Habana en Cuba a finales del año 1800 y principios de 1900.

Cipriano Palacios, que era marino, nació en el pequeño pueblo pesquero de Elantxobe, un pueblo muy especial de la costa vasca que está construido como en un precipicio hacia su puerto, Genara Ugalde nació en Bakio, era la hija del molinero, de un molino movido por las aguas del río Estepota en Bakio.

En aquella época en los pueblos las personas eran agricultores o pescadores y los pescadores eran vistos como personas valientes y aventureras mientras que los agricultores eran personas más tranquilas.

Genara y Cipriano se conocieron en la romería de San Juan de Gaztekugatxe, situada en una peña entre Bakio y Bermeo. De hecho Gaztekugatxe significa Castillo de la peña en euskera (Gazte=Castillo y Aitz=Peña). Cuenta la leyenda que San Juan Bautista desembarcó solo en esta zona del País Vasco y que fue desde Bermeo hasta San Juan de Gaztelugatxe de tres gigantescos pasos, dejando sus huellas por el camino. Una huella a la salida de Bermeo, en el arco de San Juan, la segunda en el barrio Arene, junto al caserío Itsasalde, la tercera en lo alto del monte Burgoa y la última al pie de las cuatrocientas escaleras que separan la ermita de sus arcos. Estas huellas todavía existen en el lugar y pueden visitarse, mis amigos y yo hemos probado nuestro pie en las huellas para probar el tamaño del pie de San Juan. Este fue el pintoresco lugar del primer encuentro de mis tatarabuelos.

El día 24 de Junio, día de San Juan, Cipriano se acercaría a San Juan de Gaztelugatxe, como buen marino para pedir al Santo que le ayudase en sus viajes y para tocar la campana las tres veces necesarias para que se cumplan los deseos según cuenta otra leyenda muy conocida. Hoy en día todavía los armadores de pesca de los pueblos de alrededor celebran los bautizos de sus barcos en los alrededores de la peña y se acercan a la ermita para tocar tres veces la campana para conseguir mucha pesca. Genara como vecina de Bakio acudiría para celebrar la romería con sus amigos y familiares de Bakio. Ninguno de los dos sabía lo que les esperaba en el futuro al conocerse en este sitio tan bonito y peculiar.

Ese día Cipriano conoció a Genara y se enamoró de ella y desde entonces decidió que todos los meses le visitaría con su bote de vela navegando desde Elantxobe hasta Bakio. El molino del padre de Genara estaba situado en la parte de arriba del río Estepona y se cuenta que Cipriano que era un hábil marino llegaba hasta el mismo molino navegando con su barco de vela y que solo bajaba la vela a su llegada al molino, a Genara le encantaba verle llegar y la mayoría de los vecinos jóvenes de Bakio, que eran agricultores, estaban muy celosos del aventurero Cipriano que venía a visitar a Genara, una de las chicas guapas del pueblo. Hoy en día parece muy difícil llegar desde la playa hasta el molino navegando a vela pero mi abuela me ha contado que antes el río era mucho más grande. A través de algún familiar a Cipriano le ofrecieron trabajo en Cuba como práctico del puerto de La Habana y los dos decidieron casarse y emigrar a Cuba donde conocían otros familiares que también habían emigrado. El trabajo de práctico consiste en ayudar a los capitanes de los buques a entrar en el puerto y como Cipriano era muy buen marino este era un trabajo que él hacía muy bien. Después de muchos años como práctico en La Habana Cipriano y Genara decidieron poner un hotel con sus ahorros y así es como nació el famoso hotel 'Las Cuatro Estaciones' de La Habana. Este hotel estaba en el centro de la ciudad y tuvo muchísimo éxito fue muy popular entre los vascos de La Habana, allí nacieron sus hijas Anita y María (Esta última mi bisabuela, la madre de mi abuela).

Después de muchos años trabajando duramente en La Habana, Cipriano y Genara, que ya habían ahorrado suficiente dinero para volver y vivir de sus ahorros tranquilamente decidieron que desea-

ban que sus hijas vivieran en Bakio y pudieran vivir, casarse y tener familia con algún vecino de la zona.

Fue entonces cuando vendieron el hotel 'Las Cuatro Estaciones' y con el dinero construyeron una bonita casona de indiano en Bakio a la que llamaron 'Villa Genara'. Villa Genara era la típica casona de indiano, con muchas habitaciones, con un piano y con un gran jardín plantado de magnolios y palmeras traídas de Cuba. En esta casa vivieron sus últimos días muy felices viendo como su hija María se casaba un buen hombre del pueblo llamado José y tenían 11 hijos que vivieron con sus abuelos en Villa Genara durante muchos años, uno de estos hijos es la narradora de esta historia, mi abuela Maribel, la madre de mi padre que nació en Villa Genara.

Cipriano murió ya mayor y feliz de ver como su familia vivía acomodadamente en la gran casa, pero un día María decidió mudarse de casa y construyó junto con su marido José una casa enfrente del mar y junto al caserío familiar de José que llamarían 'Amaika Etxea' que significa en euskera 'la casa de los 11', ya que eran 11 hijos. A Genara le dio mucha tristeza quedarse sola con su hija Anita en 'Villa Genara' por lo que decidió venderla al Ayuntamiento del pueblo. Por esta razón la casa de mis tatarabuelos fue durante mucho tiempo el Ayuntamiento del pueblo de Bakio. Genara y Anita se mudaron a una casa más pequeña donde vivieron hasta el final de sus días, Genara, mi tatarabuela, vivió hasta los 94 años y fue muy feliz con sus 11 nietos que la visitaban muy a menudo.

María y José siguieron viviendo en 'Amaika Etxea' y restauraron el Caserío 'Mintuatxe' de la familia de José. Este Caserío es una casa de piedra muy grande y muy bonita con una pequeña ermita de San Cristóbal, donde yo he hecho mi primera comunión, y un horno de pan. Mi familia todos los años celebra San Cristóbal el día 10 de julio con una pequeña romería, es una fiesta muy divertida con cohetes, reparto de pan con chistorra y chocolate caliente para todos los del pueblo que quieran acudir. En este caserío, no muy lejos de San Juan de Gaztelugatxe, donde se conocieron Cipriano y Genara, mi familia pasa los veranos y yo cuando veo San Juan de Gaztelugatxe me acuerdo de mis tatarabuelos, gracias a ellos yo también veraneo en Bakio que es un precioso pueblo con una playa muy bonita donde tengo un montón de amigos.

VIAJE A AUSTRALIA

Iñigo Eizaguirre Berasategui

Segundo Premio

Mi abuelo Gonzalo y yo tenemos una relación especial, quizás sea porque soy su nieto mayor. El caso es que creo que soy su “ojito derecho”, aunque éste es un secreto entre él y yo. Le veo a menudo y siempre me pregunta por el colegio, mis amigos, el baloncesto. En fin, que sabe mucho sobre mi vida. Hata ahora no me había dado cuenta de que era yo quien sabía muy poco de la de él. Bueno, sí sé de su vida actual, pero ni me había dado cuenta de que mi abuelo también fue joven y vivió una vida diferente a la que lleva hoy con amatxi, mi abuel, sus hijos y nietos.

Cuando D. Álvaro nos animó a escribir un relato sobre gente mayor, con el fin de que perdurase en el tiempo, no imaginaba que iba a conocer a un abuelo diferente y que su vida había sido tan emocionante.

Sin entretenerme más, os cuento lo que me contó mi abuelo la tarde de un lunes lluvioso.

En 1956 mi abuelo Gonzalo llevaba trabajando en un banco, en Bilbao, ocho años. Era una época en la cual era bastante difícil ascender de puesto y mi abuelo que tenía muchas ganas de prosperar, decidió con otro compañero del mismo banco emigrar.

Al cabo de un año haciendo y haciendo muchas gestiones consiguieron contactar con unos lekeitianos que estaban pasando sus vacaciones en España y residían en Australia. Lograron que se interesaran para conseguirles la entrada en Australia, de mi abuelo y su compañero Daniel, haciéndoles un contrato de trabajo y respon-

diendo de los gastos de regreso ya que las condiciones de entrada en dicho país eran muy rigurosas.

El viaje comenzó en tren desde Bilbao hasta Génova (Italia), desde donde cogieron un barco para Australia haciendo escala en muchos lugares: Nápoles, Sicilia, Port Said (Egipto), cruzando el canal de Suez.

La siguiente escala fue en Colombo, capital de Ceilán. Allí pudieron visitar la ciudad acercándose a un mercadillo donde curiosamente tropezaron con un anciano chino que hablaba castellano y euskera. Les contó que solía venir a la feria de Bilbao y que había aprendido los dos idiomas.

Desde Ceilán se dirigieron hasta la ciudad australiana de Pert, y de allí a Melbourne, final del viaje.

La travesía duró un mes, y durante el mes completo estuvieron mareados y vomitando.

El barco en el que viajaron era un barco de emigrantes, la mayoría italianos. Eran sólo doce vascos y ya empezaban a echar de menos sus costumbres, especialmente en la comida, que era fundamentalmente pasta, aunque ahora parezca tan común en nuestra dieta.

Una vez desembarcaron tuvieron que buscar alojamiento y lo encontraron pasando la primera noche en un albergue de emigrantes y mendigos donde tuvieron que pagar una libra por dormir, una fortuna teniendo en cuenta que llevaba diez libras esterlinas cada uno. Los primeros temores había comenzado: desconocían el inglés, había que tener cuidado con los gastos y no tenían a quien recurrir en caso de necesidad ya que sus amigos los lekeitianos tenían una granja más hacia el norte.

Mi abuelo y su compañero Daniel decidieron quedarse en Melbourne donde había más probabilidades de encontrar trabajo ya que en 1956 se iban a celebrar los Juegos Olímpicos en esa ciudad.

Pasada la primera noche comenzaron a buscar trabajo visitando hoteles y enseguida encontraron trabajo tal y como habían imaginado: lavando platos. Pasando el tiempo pensaron que era hora de cambiar de trabajo y mi abuelo comenzó a trabajar en un almacén de confección de vestidos encargándose de envolverlos para llevarlos a los comercios. Su amigo Daniel entró de revisor en una

compañía de autobuses que realizaba recorridos por la ciudad y como todavía no sabía bien inglés no se aclaraba con los recorridos ni paradas que algunos viajeros le preguntaban. Al final del día acababa desesperado.

Mi abuelo me contó que sus costumbres cambiaron mucho por la necesidad de ahorrar dinero. Tuvieron que aprender a lavarse la ropa, plancharla, realizar todo tipo de tareas domésticas e incluso de cortaban el pelo unos a otros.

Aprendían inglés por correspondencia ya que era mucho más barato que ir a la academia. Pero a pesar de que consiguieron aprender un inglés básico, mi abuelo no lo necesitó mucho porque se relacionaba principalmente con emigrantes italianos, griegos, argentinos, que como él habían dejado su país en busca de una oportunidad que les permitiese regresar con dinero ahorrado. Pero algunos de los emigrantes no tuvieron tanta suerte como mi abuelo, porque vinieron "sin papeles", y en Australia las leyes son muy rigurosas y en una redada policial cogieron a los argentinos e inmediatamente les mandaron de vuelta a su país.

Al cabo de unos meses mi abuelo conoció a más emigrantes españoles y alquilaron una casa muy amplia con unos gallegos con los que hicieron una gran amistad.

A pesar de que al cabo de unos meses había hecho grandes amigos, mi abuelo echaba de menos a su familia, sus padres, sus hermanos y su novia con la que pudo hablar por teléfono, en alguna ocasión, y fue una de las primeras llamadas que se establecían entre Melbourne y un teléfono particular de Bilbao a través de una operadora.

Durante esa época vivieron también momentos curiosos como cuando se hizo un referéndum entre los ciudadanos australianos para decidir si los bares podrían abrirse más allá de las seis de la tarde ya que hasta el momento a partir de esa hora permanecían cerrados, y debido a los Juegos Olímpicos querían ampliar el horario. La votación resultó a favor de mantener cerrados los bares a partir de las seis de la tarde.

Al cabo de dos años de estancia en el país mi abuelo decidió regresar a Bilbao pero con un permiso de un año para poder volver legalmente a Australia. El viaje de vuelta le permitió, de nuevo,

conocer muchísimos lugares, pero esta vez la duración del viaje fue más corta ya que ya no regresaba en un barco de emigrantes.

Pero en Bilbao le esperaban otras oportunidades que hicieron que nunca más regresara a Australia. Se casó con su novia de siempre, encontró un nuevo trabajo en la banca, esta vez sí con posibilidades de ascenso, llegando a alcanzar puestos de responsabilidad en la banca.

LAS INUNDACIONES DE 1983

Mario Arteche Miranda

Tercer Premio

Primero tengo que contar cómo es la casa de mi abuelo Rafael para que se entienda cómo sufrió él las inundaciones ese año.

Ahor a mis abuelos viven en un pequeño pueblo situado en la costa de Vizcaya llamado Bakio, en una casa que hizo construir mi bisabuelo. Es una casa de piedra de dos plantas. En una de ellas viven mis abuelos, y en la otra la hermana de mi abuelo y su familia. La casa se encuentra rodeada de jardín y cerrada por muros.

Por aquel entonces mis abuelos se encontraban allí de vacaciones con todos sus hijos: seis, bueno cinco, porque mi padre estaba en Madrid trabajando.

Agosto de 2007. Con todo lo que ha llovido este verano ha venido a la memoria de muchos mayores las inundaciones del año 1983.

Bakio, 26 de agosto de 1983. El verano transcurría con normalidad, y tras un par de días de lluvia, el día 26 amaneció nublado.

Mis abuelos y mis tíos desayunaban tranquilamente oyendo la radio, cuando las noticias comentaban los primeros casos de inundaciones en Guipúzcoa.

Como todos los días, mi abuelo fue a comprar el periódico. La tienda de periódicos está justo al lado del río. Y al llegar allí vio cómo el río a su paso por el puente de Olaskoetxe (Casatablas) estaba a punto de desbordarse. La marea estaba alta y no dejaba salir al mar todo el agua que traía el cauce.

Por aquel entonces, mi abuelo tenía un pequeño bote de pesca que solía dejar durante todo el verano cerca de la playa, y que cuando llovía tenía que ir a vaciar todo el agua que caía dentro. Así que

con toda la lluvia caída días atrás, y como el verano estaba ya para terminar, decidió ir a por él y llevarlo a casa. De vuelta a casa con el bote, el río ya se había desbordado y el agua cubría la carretera principal, que está construida a lo largo del cauce del río.

Saltó la alma entre los vecinos, y temiendo lo peor, corrieron todos a poner a salvo los coches en las zonas altas del pueblo. Ya se había producido anteriormente alguna que otra pequeña inundación. Y allí coincidieron algunos vecinos, y comentando la situación, otro vecino del pueblo, José Benta, dijo: “Se ha formado una presa natural en el puente del Barranco, y como reviente esto puede ser una catástrofe”.

El puente del Barranco se encuentra a unos tres kilómetros, y es la parte baja de los montes que dan entrada al valle donde está situado el pueblo.

Y así fue, llegó al catástrofe.

Una gran ola fue arrastrando todo lo que encontraba a su paso queriendo empujarlo hacia el mar. Toda clase de animales, vacas, cerdos, gallinas, se mezclaban con troncos, coches, etc. Dice mi abuelo que fue una imagen horrible para no olvidarla nunca.

A todo lo largo del río existen otros puentes donde se volvían a formar nuevas presas, haciendo que el agua inundase toda la parte baja del pueblo.

Como si de una apisonadora se tratase, el agua fue tirando todos los muros y tapias que encontraba a su camino, buscaba el camino más corto en llegar al mar.

Desde la casa de mi abuelo se veía el agua contenida por muros dos fincas más atrás, pero los muros no tardarían en caer. Con la ayuda de amigos pusieron encima de las mesas los muebles que pudieron, y los colchones y ropa los subieron al piso de arriba.

Los muros no aguantaron la fuerza del agua, se derrumbaron y una nueva ola entró por el jardín. Cubrió el sótano y entró en la casa, llegando a alcanzar la altura de las ventanas por donde escapaba.

Tras el paso de la ola, con todo el pueblo inundado, se empezaron a dar cuenta de lo que ocurría a su alrededor. El bote rescatado del muelle, apareció flotando en el jardín y con él un amigo de la familia fue a rescatar a otro amigo común que estaba en una casa totalmente aislado, pero la corriente que el agua formaba por querer

llegar al mar se lo impidió; entonces se le ocurrió coger una tabla de surf y gracias a la tabla pudo recogerle. Con los medios disponibles la gente acudía en ayuda de los que más lo necesitaban.

El agua mantuvo el nivel durante un día y medio. No había agua, ni luz, ni teléfono, ni tan siquiera pan, ya que la panadería también se había inundado. Tuvieron que venir helicópteros del ejército llenos de pan y agua. Aterrizaron al lado de la casa de mis abuelos, y allí se formó una gran cadena humana para descargar todo lo que traían, alimentos, mantas, medicinas.

El pueblo permaneció incomunicado durante por lo menos cinco días. Y los helicópteros venían todos los días con nuevos cargamentos.

Recuerda mi abuelo que en uno de los viajes, uno de ellos casi no pudo despegar porque se había quedado hundido en el barro.

Tras desaparecer el agua quedó el barro, y todas las zonas bajas y sótanos estaban completamente llenos. En el sótano de mis abuelos se habían caído las paredes, y el barro llegaba hasta el techo. Mis tíos, y amigos de mi padre, incluso mi tía Elisa, que entonces tenía once años, y alguna amiga suya, estuvieron durante días sacando del sótano cubos llenos de barro hasta poder vaciarlo.

Después de haber reparado cada uno sus daños personales, se formaron cuadrillas para ayudar a quien lo necesitaba, y poco a poco el pueblo fue volviendo a la normalidad.

Me cuenta mi abuelo que días después, al acercarse a ver la playa, aquello parecía un basurero. En el mar estaba todo lo que la riada había arrastrado, coches, árboles, animales.

En la casa donde vivían mis otros abuelos, que estaba junto al río, la fuerza del agua dejó los cimientos al aire, con riesgo de derrumbarse.

Mi padre estaba nerviosísimo, él estaba en Madrid y al ver las noticias que daban en televisión de lo que estaba sucediendo quiso hablar con sus padres pero le fue imposible porque todo el mundo tenía el teléfono estropeado. Afortunadamente, después de unos días de inquietud, pudieron comunicarse y todo quedó en un gran susto.

EL GORRIÓN

Borja Abaitua García

Hola soy Borja un chico de 11 años que quiero mucho a los animales y doy mucho la carga a mis padres con este tema, aunque ya tenemos dos perros, una perra de raza pastor alemán y un macho mestizo, pero muy bonito, de color negro con manchas blancas.

Viven en una finca que tienen mis abuelos, donde pasamos los veranos, ese pueblo se llama Islares está muy cerca de Castro Urdiales en la provincia de Cantabria.

Cuando no estamos allí, un amigo de mi abuelo que se llama Jesús, que es como yo, quiere mucho a los animales.

Les cuida, llevándoles comida todos los días, así que ellos cuando lo ven se ponen muy contentos y le quieren mucho, pues él pasa muchas horas, en el garaje de mi abuelo ya que tiene un taller, que es una pasada, por que pidas lo que le pidas él lo tiene o si no que busca una solución.

Preparando y arreglando los motores de los botes para ir a pescar, pues es lo que más les gusta hacer y lo hacen siempre que el tiempo y las mareas se lo permiten.

Pues cuando es marea baja, los botes se quedan varados, es decir, encima de la arena del puerto y no pueden salir a pescar o dar una vuelta en el barco. Así que tienen que estar pendientes de las mareas tanto para salir como para entrar.

Bueno, después de contaros esto de mis perros, de mi abuelo y su amigo, os voy a contar la historia que le pasó a mi padre, cuando tenía más o menos mi edad y con la misma afición a los animales como la que tengo yo.

Así que cuando mi padre estaba una tarde paseando y arreglando las flores en el jardín de la casa de sus abuelos, se encontró con un pajarillo muy pequeño.

Era una cría de gorrión que se había caído del nido, estaba en el suelo cerca de un enorme roble donde su familia había creado el nido.

El jardín del abuelo de mi padre era muy grande, tenía muchos árboles, donde vivían muchas clases de pájaros y patos, perros, gatos. Los perros los utilizaba el abuelo de mi padre para cazar.

Mi padre que iba todos los veranos a pasar las vacaciones, era cuando veía todos los pájaros cantar y revolotear, bueno volviendo al tema del gorrión, mi padre se empeñó en quedarse con el pajarillo para meterle en una jaula, así que fue a buscar una al sobraos de la casa donde allí sus abuelos guardaban las cosas que ya no utilizaban o ponían la fruta para que maduraría, mi padre dice que lo recuerda como si fuera un sitio muy grande y oscuro, tuvo suerte de encontrar una que debía de ser de algún primo suyo que anteriormente tuvo un canario.

Con la ilusión que tenía por criar al gorrión le hizo una camita con un poco de algodón y unas pajitas, le puso agua y alpiste para pájaros, que fue a comprar su madre, también le quería poner una bañera para que se mojara ya que era verano, pero su abuelo le dijo que era mejor que no le pondría ya que era muy pequeño y se podía ahogar.

Él estaba pendiente todo el día para haber si el pobre gorrión comía o no, como veía que no, un día fue a buscar algún gusano por el jardín para dárselo a él, lo cual tuvo que cavar en la tierra para encontrar algo que alimentase al pajarillo, aun así no comía nada.

El abuelo de mi padre, es decir, mi bisabuelo, le decía que tenía que soltar al gorrión cerca del árbol donde lo encontró, para que su madre le recogería y le cuidaría, ya que si no se iba a morir, pero mi padre no quería y se empeñó en criar al pájaro.

Le puso hasta nombre le llamaba CHIP, porque era una cosita muy pequeña, de color casi negro, tenía una mancha roja en el pico y claro no sabía volar.

Le sacaba todos los días a la ventana, que era como un balcón, muy grande, para que le diera el sol y el aire, pero estando allí mirándole como todos los días al pobre gorrión, de repente apareció otro

pájaro en la ventana, muy bonito, de color marrón, en la pechuga tenía una mancha naranja y lo único que hacía era piar y piar, claro mi padre se dio cuenta de que era la madre y que le estaba hablando, lo que no sabe es qué le decía, pero se imagina que le estaría tranquilizándole y diciéndole que iba a ir a verle todos los días y a llevarle comida.

A todo esto, cuando le contó lo que le había pasado, que apareció la madre de CHIP, el abuelo de mi padre, le decía a mi padre que soltase al gorrión, pues es una especie de pájaro que no puede vivir en cautividad, es decir, no puede vivir encerrado en una jaula.

Pero mi padre se empeñaba en quedarse con él.

Cual fue la sorpresa, que la madre del gorrión seguía trayéndole comida a su cría todos los días, hasta que se dio cuenta de que mi padre no lo iba a soltar, así que como suele pasar en estos casos, un día de repente apareció el pajarillo muerto. Cuando mi padre se despertó y vio que Chip estaba tendido en el suelo de la jaula se llevó un gran disgusto, por su culpa él se había muerto.

El abuelo de mi padre le dijo que seguramente la madre del pajarillo le había traído alguna especie de veneno para que no viviera en cautividad, ya que estos pájaros no pueden vivir muchos días encerrados.

Con esta historia mi padre aprendió que hay que querer y respetar a todos los animales y hacer caso de la experiencia y sabiduría de las personas mayores.

Así que cuando empezó mi padre a contarme esta historia me parecía que iba a ser muy bonita, pero en la realidad es que me ha dejado un poco triste ya que el final no es muy bonito, pobre pajarillo, el tenía derecho a vivir.

Me ha servido para darme cuenta de que hay que respetar la naturaleza, los animales, las plantas y todos los seres vivos que viven este planeta.

Así que hay que dejar que cada uno de los seres vivos vivan en su hábitat, ya que si los sacamos de sus costumbres y hábitos pueden perjudicar sus salud.

EL MONSTRUO DE KANALA

Iñigo Aranzadi

Juan Bautista y su familia nacieron en Kanala.

Kanala es un lugar muy bonito cruzado por la ría de Gernika y rodeada de un inmenso bosque de Encino enano y madroño salvaje. Este encino se cierra tanto junto con los espinos (arantzadi) que es muy difícil entrar al ser humano. Desde Kanala hasta Natxitua se extiende este inmenso e ininterrumpido bosque. Bueno está la senda de San Pedro de Atxerre por donde desde hace muchísimos Siglos subían los pobladores de Pedernales a hacer la visita al Santo y la Virgen con el niño del Padre Lizarralde. A mitad de camino desde la ría pasaban por la Ermita de San Martín y los restos prehistóricos que allí se encuentran.

Desde la Iglesia de San Pedro se ve tanto Francia como el Cabo de Ajo en los días de buen tiempo y da miedo el acantilado que cae hasta las bravas aguas de Arquetas y Laida. Esta Iglesia que domina toda la zona era y es muy importante para los habitantes de la zona. Al igual que la Iglesia de Kanala (Sta.María de Legendika. S XIV) que fue durante siglos la parroquia de los habitantes del otro lado de la ría, los de Sukarrieta ya que Kanala aunque está en la margen derecha pertenece a Sukarrieta que está en la izquierda. Y es que Kanala, cerca de la Iglesia donde atracaban las barcas con los fieles que venían a Misa, tiene una playa con techo, sí, una playa con techo. Y esto es porque las ramas de los árboles tapan la mitad de la playa sirviendo de refugio a los romeros que venían a San Pedro de Atxerre.

Pero el mayor temor de los romeros que venían a la tradicional romería no era la empinada subida de dos horas hasta San Pedro .No.

El mayor temor estaba en los habitantes originarios de los cerradísimos bosques de Kanala, quienes habitaban allí cuando no había ninguna persona por allí, dominando a cualquier otro animal. Son unos seres muy peludos que en la zona puedes ser de entre cien y doscientos kilos debido a la seguridad que les produce la espesura del bosque y la abundancia de raíces y frutos de espino y madroño. Tienen dos dientes muy largos afilados y retorcidos. Tienen un inmenso cuello mucho más fuerte que el de un toro de Miura. Si te enganchan con el diente y de mueven de lado a lado con su potente cuello despedazan la carne mejor que ninguna garra. Son silenciosos y es imposible saber cuando atacan. Son los únicos que pueden meterse por el bosque de kanala y esperar a los romeros cuando subían a San Pedro.

Así que en este lugar los habitantes originarios son los jabalís. Jabalís inmensos y muy viejos como ni hay en ningún otro lugar tan cercano a la costa. Esto era lo más temido por los Romeros.

Pero al lado del camino de subida a San Pedro estaba (y está) el caserío de Juan Bautista ("Batistene"). Y no era un Jauntxo sino un hombre que disfrutaba de los frutos de kanala, desde las ostras de la ría, las almejas y las navajas hasta la caza del Jabalí, para proteger la subida de Atxerre por los romeros. También le gustaba mucho la huerta que en la zona daba unos buenos pimientos verdes suaves y blanditos así como unas alubias rojas, casi negras como no había ni el Tolosa. Le gustaba cocinarlas con el cabrito que compraba todos los años en Gernika en una de las pocas excursiones que hacía a la villa Foral y guardaba en salazón con la sal que le traía su hermana casada con un hombre muy rico dueño de unas salinas en Añana cerca de Vitoria. Este hombre también era buen conocedor del jabalí pues vivía muy cerca de una reserva de este animal como era la zona de Valderejo. Así que con la excusa de traerle la sal venía a cazar los jabalís a Kanala, donde era un auténtico reto cogerlos por lo cerrado del bosque.

Pues bien en el terreno de Juan Bautista plantó la mayor encina que existe en toda la ría de Gernika para atraer con sus frutos a los Jabalís que con en el invierno huelen las bellotas desde lo alto de Atxerre. Allí ponía orina de cerda y los lazos para coger a aquellos inmenso monstruos mucho más grandes que los de ahora. Y los cogía

muchas noches por pares debiendo pasar la noche oyendo los gruñidos interminables hasta la mañana siguiente en la que entre varios y con mucho cuidado los sacrificaban.

Pero tal era el respeto y el miedo que tenían al monstruo de Kanala que nunca comían su carne por temor y por algunas leyendas de grandes enfermedades que habían ocurrido a algunos aldeanos que lo habían comido y que habían muerto llenos de tumores, como perros. No los mataban por placer ni para comerlo sino para cuidar de los Romeros que subían a San Pedro de Atxerre y para que no hubiese muchos.

En la Iglesia de Kanala están esculpidas en madera el testimonio de muchos otros cazadores del monstruo de Kanala que por allí cuidaron de la peligrosa subida a San Pedro de Atxerre entre ellos Kizkitza mi bisabuelo.

EL AVIÓN QUE NUNCA LLEGÓ

Juan Esteban González del Valle

Era un día nublado del mes de Febrero de 1985. Isabela se despertó un poco antes de que sonara el despertador y se quedó un ratito más acurrucada en la cama, disfrutando de los últimos minutos antes de que se metiera en la ducha. ¡Qué raro despertarse ella sola ¡Algo le inquietaba pero no podía saber qué era. A veces sentía cosas que no se podían explicar, como presentimientos.

Después entró en el aeropuerto, que aún estaba apagado y saludó muy alegremente a todos sus compañeros. Miró la pantalla de vuelos. Todo era muy rutinario. El vuelo de Madrid, el vuelo de Barcelona, el vuelo de Londres, el vuelo de Frankfurt... Los primeros aviones de la mañana, solían ir llenos de hombres de negocios que normalmente no llevaban nada de equipaje porque volvían por la tarde.

Las dos primeras horas pasaron muy deprisa. En cuanto salieron los dos primeros aviones Isabela pidió permiso para ir a tomar un café con otras dos compañeras. De camino a la cafetería se le acercó una señora y le preguntó a ver si sabía a qué hora llegaba el avión de Madrid. Ella le respondió que a las 9, 40 y su compañera le comentó que debía de estar con retraso, pues no aparecía información sobre él en la pantalla.

Cuando terminaron de desayunar y volvieron a sus mostradores de facturación, varias personas volvieron a preguntarle por el avión de Madrid, pero seguía sin haber información sobre él.

Entró en la oficina y sus jefes le dijeron que hacía ya un rato que no sabían nada del avión. Cuando volvió a salir a facturar se le acer-

caron dos taxistas amigos suyos y le dijeron que un aldeano de Gernika había visto un avión en un monte cercano. Se quedó sobrecogida y volvió a entrar en la oficina donde ya reinaba una gran preocupación, pues los controladores de la torre informaban de que habían perdido el contacto con el avión repentinamente.

En la terminal ya se notaba la angustia, pues las malas noticias se propagan rápidamente y había un gran número de personas esperando a pasajeros que debían llegar en el avión de Madrid.

Isabela y sus compañeros trataban de tranquilizar a la gente pero por desgracia los malos presagios se hacían cada vez mas reales y la radio empezaba a dar noticias de un accidente aéreo cerca de Bilbao.

La trágica realidad era que el vuelo 610 de Iberia con más de 150 personas a bordo había caído en el monte Oiz.

Aquella situación era terrible y había que organizarse bien. Cada vez había más gente en el aeropuerto esperando a pasajeros de Madrid que podían estar en aquel avión.

A Isabela le entregaron una lista con los nombres de las personas que tenían reserva en ese vuelo y, haciendo un esfuerzo tremendo, fue atendiendo a cada uno de aquellos hombres y mujeres que preguntaban angustiados por algún familiar. Cada vez que confirmaba un nombre en la lista se le encogía el corazón. Además aún no sabían si había supervivientes.

Se decidió reunir a los familiares de los pasajeros en una sala para prestarles una especial atención. Allí estaba Isabela tranquilizando a aquella pobre gente que se aferraba a un hilo de esperanza. Pero las noticias no podían ser peores. No había supervivientes. El aparato, un Boeing 727, había impactado contra una antena en la cumbre del monte Oiz y se había precipitado sobre la ladera acompañado de una fuerte explosión que abraso el aparato y todo lo que le rodeaba.

Isabela rogó a Dios que le diera fuerza para consolar a aquellas personas que ya no volverían a ver a sus seres queridos. Eran padres, madres, hijos, esposos...

Isabela creía que estas catástrofes solo pasaban en países lejanos, en las películas, pero ahora le estaba pasando a ella, en Bilbao, en su aeropuerto; incluso conocía a algunos de los pasajeros, pues volaban con frecuencia.

Tras muchas horas de entrega a tanta gente destrozada su jefa le dijo que se fuera a casa, que había mucha gente para sustituir a todo el personal que llevaba desde la mañana trabajando. Y es que ya eran las cinco de la tarde y no se había dado ni cuenta. Y eso que los compañeros que trabajaban por la tarde habían adelantado su entrada al enterarse del accidente. También el personal que libraba o estaba de vacaciones se personó en el aeropuerto dispuesto a echar una mano, y es que la desgracia une a las personas.

Por un lado estaba agotada, pero por otro sentía dolor de dejar a aquellas personas que en una situación tan triste y mientras recibían instrucciones acerca de qué hacer, se confiaban a ella y le contaban cosas de sus familiares fallecidos.

Cuando Isabela llegó a su casa sus padres le esperaban ansiosos de que les contara su experiencia. Ella rompió a llorar con la esperanza de vaciar un poco su corazón de tantas emociones. Les fue relatando todo lo que vivió en aquel día tan largo y compartió con ellos tanta angustia que se sintió afortunada de tenerles cerca.

En las noticias de la noche la televisión ofreció imágenes espeluznantes del accidente. Isabela entonces revivió todo el dolor de las horas anteriores en el aeropuerto. Y pensó: Cuantas catástrofes vemos impasibles sentados en nuestro sofá, pero que distinto es cuando esos restos humanos tienen nombre, has conocido a su mujer, a su madre que ha llorado abrazada a ti, estaban haciendo planes de boda... Son personas como tú que han tomado un avión y nunca han vuelto.

Cuando Isabela se metió en su cama recordó como se había despertado antes de la hora con un presentimiento. Había empezado el día con más energía que costumbre. Ahora parecía lejanísimo aquel momento en el que se había levantado. Entonces, uno a uno fue recordando los nombres que le iban preguntando si estaban en aquella fatídica lista de pasajeros y rezó por ellos y por los que quedaron en el aeropuerto esperando a aquel avión que nunca llegó a su destino.

PRÓLOGO / HITZAURREA

Prólogo de Ibone Bengoetxea	pág. 5
Adultos/Nagusiak:	9
<i>El incierto camino hacia el norte,</i> Luis García Saiz	11
<i>La cadena,</i> Perdro M ^a Tellitu Quindós	18
<i>Nire aititaren sekretuak,</i> Alberto Narbaiza Echeandia	24
<i>Nostalgia,</i> María Pilar Zurro Caballero	29
<i>Y no pasaba nada,</i> Ana María de Miguel Grijalbo	34
<i>El edén de Manuel,</i> Manuel Fernández Abel	40
<i>Mi prima Conchita,</i> Ramón Talasac	45
Niños/Haurrak:	51
<i>Mis tatarabuelos Cipriano y Genara,</i> Pablo Ferrández Zuluaga	53
<i>Viaje a Australia,</i> Iñigo Eizaguirre Berasategui	56
<i>Las inundaciones de 1983,</i> Mario Arteche Miranda	60
<i>El gorrión,</i> Borja Abaitua García	63

<i>El monstruo de Kanala,</i>	
Iñigo Aranzadi	66
<i>El avión que nunca llegó,</i>	
Juan Esteban González del Valle	69